

LEO J. TRESE

*El Espíritu Santo
y su tarea*



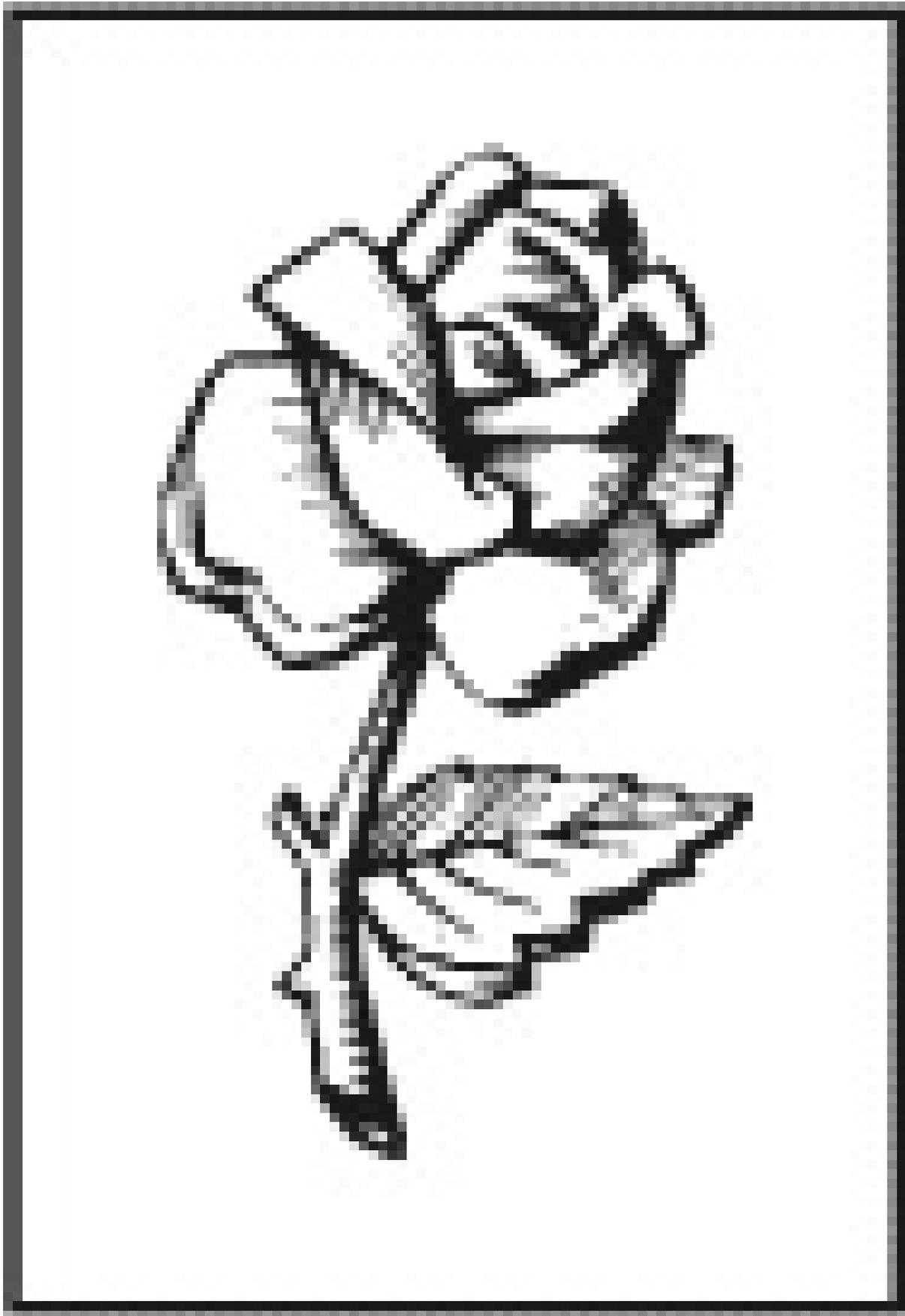
PATMOS
LIBROS DE ESPIRITUALIDAD

LEO J. TRESE

*El Espíritu Santo
y su tarea*



PATMOS
LIBROS DE ESPIRITUALIDAD



EL ESPÍRITU SANTO Y SU TAREA

Primera edición: junio 1998

Cuarta edición: julio 2011

© Leo J. Trese

© Ediciones RIALP, S.A., 2011

Alcalá, 290 - 28027 MADRID (España)

www.rialp.com

ediciones@rialp.com

Fotografía de portada: Retablo de Pentecostés (detalle). Serra. Museo de arte de Cataluña.

ISBN eBook: 978-84-321-4117-1

ePub: Digitt.es

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

Índice

[Portada](#)

[Créditos](#)

[Índice](#)

[I. EL DESCONOCIDO](#)

[II. ¿QUÉ ES LA GRACIA?](#)

[III. LA GRACIA QUE VIENE Y SE VA](#)

[IV. FUENTES DE VIDA](#)

[V. ¿QUÉ ES MÉRITO?](#)

[VI. ¿QUÉ ES VIRTUD?](#)

[VII. ESPERANZA Y AMOR](#)

[VIII. MARAVILLAS DENTRO DE NOSOTROS](#)

[IX. LAS VIRTUDES MORALES](#)

[X. EL ESPÍRITU SANTO Y LA IGLESIA](#)

[XI. NOSOTROS SOMOS LA IGLESIA](#)

[XII. ¿DÓNDE LA ENCONTRAMOS?](#)

[XIII. SANTA Y CATÓLICA](#)

[XIV. RAZÓN Y FE... Y YO MISMO](#)

[XV. EL FINAL DEL CAMINO](#)

XVI. EL FIN DEL MUNDO

I. EL DESCONOCIDO

En la Sagrada Biblia, en los Hechos de los Apóstoles (19, 2), leemos que San Pablo fue a la ciudad de Efeso, en Asia. Allí se encontró con un pequeño grupo de personas que ya creían en la doctrina de Jesús. Pablo les preguntó: «¿Recibisteis al Espíritu Santo cuando os convertisteis al Cristianismo?» Su respuesta fue: «Nunca hemos oído hablar de la existencia del Espíritu Santo».

Cierto es que ninguno de nosotros hoy en día desconoce quién es el Espíritu Santo. Sabemos que es una de las tres Personas Divinas que, con el Padre y el Hijo, forman la Santísima Trinidad. Asimismo sabemos que es llamado el Paráclito (palabra griega que significa «Consolador»), el Abogado (que defiende la causa de Dios con la humanidad), el Espíritu de la Verdad, el Espíritu de Dios y el Espíritu del Amor. También sabemos que viene a nosotros cuando somos bautizados, y que continúa morando dentro de nosotros mientras no le expulsemos con el pecado.

Esto constituye para muchos católicos la totalidad de sus conocimientos respecto al Espíritu Santo. Sin embargo, poco podemos entender de la labor de santificación que se verifica en nuestras almas si no conocemos el lugar del Espíritu Santo en la disposición divina de las cosas.

La existencia del Espíritu Santo —la doctrina de la Santísima Trinidad, en suma— era desconocida hasta que Jesucristo nos reveló la verdad. En los tiempos del Antiguo Testamento, el pueblo judío estaba rodeado por gentes idólatras. Más de una vez los judíos dejaron de adorar al Dios único que les había hecho su pueblo elegido para adorar a muchos dioses, como era la práctica de sus vecinos. Como resultado, Dios, a través de sus Profetas, insistió en la idea de la unidad de Dios. Para no complicar las ideas, no reveló al hombre de la época anterior a Cristo que hay Tres Personas en Dios. Dejó que Jesucristo nos diese a conocer esta maravillosa visión de la naturaleza íntima de la Deidad.

Convendrá recordar aquí, sumariamente, la esencia de la naturaleza divina, en cuanto a nosotros nos es dable comprenderla. Sabemos que el conocimiento que Dios tiene de Sí mismo es infinitamente perfecto. Es decir, que el retrato que Dios tiene de Sí mismo en su divina inteligencia, es una representación absolutamente perfecta de Sí mismo. Pero esa representación no podría ser «perfecta», a menos que fuese una representación «viva». Vivir, existir, pertenece a la propia naturaleza de Dios. Una imagen mental de Dios que no fuese una imagen viviente, no sería una representación perfecta.

A esta imagen viva de Sí mismo que Dios tiene en su mente, a esa idea de Sí mismo que Dios ha estado engendrando o dando nacimiento en su inteligencia divina desde la

eternidad, a esto es a lo que llamamos Dios Hijo. Dios Padre podríamos decir que es Dios en el acto eterno de pensar en Sí mismo. Dios Hijo es el «pensamiento» vivo (y eterno) que resulta de tal pensamiento. Tanto el Pensador como el Pensado, están, desde luego, dentro de la misma y única naturaleza divina; solamente hay un Dios, pero son dos las Personas.

Pero esto no termina aquí. Dios Padre y Dios Hijo tienen cada uno de ellos la capacidad infinita de amar al otro. Y de esta forma hay una corriente de amor divino entre estas dos Personas Divinas. Es un amor tan perfecto, de tan infinito ardor, que es un amor «vivo», y a este Amor lo llamamos el Espíritu Santo, la Tercera Persona de la Santísima Trinidad. Como dos volcanes que intercambian una misma corriente de fuego, el Padre y el Hijo se dan con reciprocidad esta llama Viva de Amor. De ahí que en el Credo Niceno digamos que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo.

Así, pues, ésta es la vida interna de la Santísima Trinidad: el Dios que conoce, el Dios conocido, y el Dios que ama y es amado. Tres Personas Divinas, cada cual distinta en su relación con cada una de las otras, y, sin embargo, poseyendo la misma única naturaleza divina y, además, en absoluta unidad. No hay subordinación de uno al otro puesto que poseen igualmente la naturaleza divina. Dios Padre no es más sabio que Dios Hijo. Dios Hijo no es más poderoso que Dios Espíritu Santo.

Debemos abstenernos asimismo de pensar en la Santísima Trinidad en términos de tiempo. Dios Padre no vino primero, ni Dios Hijo un poco después, ni tampoco Dios Espíritu Santo el último. Este proceso de conocer y amar que constituye la vida íntima de la Santísima Trinidad, ha existido toda la eternidad; no tuvo comienzo.

Otro extremo interesante, antes de pasar a hablar del Espíritu Santo en particular, es el hecho de que las Tres Personas Divinas no solamente están unidas en una sola naturaleza divina, sino que también están unidas entre sí. Cada una de ellas está en cada una de las otras en una unidad inseparable; algo así como los tres colores primarios del espectro (por naturaleza), que están unidos en una radiación incolora que llamamos luz. Desde luego, es posible separar un rayo de luz por medios artificiales tales como un prisma, para hacer un arco iris. Pero si al rayo de luz se le deja, no se le separa, el rojo está en el azul y el azul está en el amarillo y el rojo en ambos; y no hay más que un rayo de luz.

Naturalmente, no existe un ejemplo perfecto cuando lo aplicamos a Dios. Pero por analogía podemos decir que, así como los tres colores del espectro están presentes e inseparables cada uno en el otro, también en la Santísima Trinidad el Padre está en el Hijo y el Hijo en el Padre y el Espíritu Santo en ambos. Donde está uno están todos. Esta unidad inseparable de las Tres Personas Divinas, en el lenguaje teológico, se llama «*circumincisión*».

Cuando íbamos a la escuela, la mayoría de nosotros estudiábamos Fisiología o Biología. De ahí que tengamos una idea bastante aproximada de lo que ocurre dentro de nuestro cuerpo. Pero pocos de nosotros tenemos una idea precisa de lo que ocurre dentro de nuestra alma. Hablamos con relativa ligereza de la gracia —gracia actual y gracia santificante—, de la vida sobrenatural y del aumento de santidad; la cuestión está en lo que significan estas palabras.

Para contestar con propiedad necesitamos comprender primeramente la parte que juega el Espíritu Santo en la santificación del alma humana. Sabemos que el Espíritu Santo es el Amor infinito que se intercambia entre Dios Padre y Dios Hijo. Es el amor personificado, un amor «vivo». Puesto que es el amor de Dios hacia nosotros lo que le ha conducido a hacernos partícipes de su propia vida divina, es natural que asignemos al Espíritu Santo —el Espíritu del Amor— las acciones de la gracia en nuestras almas.

Sin embargo, debemos recordar que las Tres Personas Divinas son inseparables.

En lenguaje humano (y por tanto no teológicamente exacto) podríamos decir que ninguna de las Tres Personas Divinas hace algo separadamente o por sí sola, fuera de la naturaleza divina. Dentro de la naturaleza divina, dentro de Dios, cada persona tiene su propia actividad particular, su propia relación particular una con otra. Dios Padre es Dios conociéndose a Sí mismo, Dios «viéndose»; Dios Hijo es la imagen viva de Sí mismo; y Dios Espíritu Santo es el amor de Dios por Sí mismo.

Pero fuera de Sí mismo (si podemos hablar con tanta ligereza) Dios actúa únicamente en su perfecta unidad; ninguna de las Personas Divinas hace nada por Sí misma. Lo que una Persona Divina hace lo hacen las Tres. Fuera de la naturaleza divina es la Santísima Trinidad la que actúa. Usando un ejemplo vulgar y hasta cierto punto inadecuado, diría que el único lugar en el que mi cerebro, mi corazón y mis pulmones hacen algo por sí mismos es dentro de mí; cada uno de ellos ejecuta su propia función para el bien de los demás. Pero fuera de mí, el cerebro, el corazón y los pulmones actúan inseparablemente juntos. Donde quiera que yo vaya, haga lo que haga, cerebro, corazón y pulmones intervienen como una unidad. Ninguno de ellos interviene en una actividad aisladamente por sí mismo.

Pero a menudo hablamos como si así fuera. Decimos que un hombre tiene buenos pulmones, como si fueran solamente sus pulmones los que hablasen. Decimos que un hombre tiene un corazón de león, como si la valentía dependiese exclusivamente del corazón. Decimos que un hombre es inteligente como si su inteligencia pudiese obrar sin sangre ni oxígeno. Asignamos a un órgano particular un trabajo en el que todos los órganos trabajan juntos.

Ahora demos un salto tremendo desde nuestras limitadas posibilidades físicas hasta las Tres Personas vivas que constituyen la Santísima Trinidad. Entonces quizá podamos entender un poco mejor por qué la labor de santificación de las almas está asignada al Espíritu Santo.

Puesto que Dios Padre es el origen o principio de la actividad divina que tiene lugar dentro de la Santísima Trinidad (la acción de conocer y amar), se le considera a Él como el principio de todo. Esta es la razón por la que «atribuimos» al Padre la labor de la creación. Realmente, desde luego, quien crea es la Santísima Trinidad, bien sea el universo o un alma. Lo que hace una Persona Divina lo hacen las Tres. Pero «asignamos» al Padre el acto de la creación. Considerando su relación con las otras dos Personas, «asignarle» al Padre la acción de Creador es lo que nos parece más indicado.

Por tanto, puesto que fue a través de la Segunda Persona, Dios Hijo, como Dios unió una naturaleza humana a Sí mismo en la Persona de Jesucristo, «atribuimos» la

redención a Dios Hijo, la sabiduría viva de Dios Padre. El Poder Infinito (el Padre), decidió la redención; la Sabiduría Infinita (el Hijo), ejecuta la decisión. Sin embargo, cuando hablamos de Dios Hijo como del Redentor, somos conscientes del hecho de que Dios Padre y Dios Espíritu Santo estaban inseparablemente presentes en Jesucristo. Hablando en términos absolutos, fue la Santísima Trinidad quien nos redimió. Pero «atribuimos» al Hijo el acto de la redención.

Finalmente, dado que la tarea de la santificación de las almas es una labor eminentemente de amor divino (distinta de una labor de fuerza o de una labor de sabiduría), la «atribuimos» al Espíritu Santo. Él es, después de todo, el amor divino personificado. Indudablemente es la Santísima Trinidad quien nos santifica. Es Dios-Santísima Trinidad quien mora en el alma libre de pecado. Pero «asignamos» la acción de la gracia al Espíritu Santo.

En los párrafos que preceden he hecho hincapié en las palabras «asignar» y «atribuir». Lo he hecho así porque son las palabras utilizadas en la Ciencia de la Teología. Son palabras usadas para definir esta forma de «dividir» el trabajo de la Santísima Trinidad entre las tres Personas Divinas. Lo que hace una Persona lo hacen todas. Y, sin embargo, ciertas actividades parecen más lógicas de una Persona que de otra. Consecuentemente, los teólogos dicen que Dios Padre es el Creador, por «atribución»; Dios Hijo es el Redentor por «atribución», y Dios Espíritu Santo es el Santificador, también por «atribución».

Cuanto antecede pudiera parecer innecesariamente técnico al lector. Y, sin embargo, puede ayudar a comprender lo que quiere indicarse cuando en el catecismo se dice, por ejemplo, «el Espíritu Santo habita en la Iglesia como la fuente de su vida y santifica las almas con el don de la gracia». El amor de Dios está actuando, pero su sabiduría y poder están también allí.

II. ¿QUÉ ES LA GRACIA?

La palabra gracia tiene varios significados. Puede indicar «atractivo», como cuando decimos: «Cruzó la habitación con gracia». Puede indicar benevolencia, cuando decimos: «Busqué sus buenos oficios (gracias) en el asunto». Puede significar «acción de gracias», cuando hablamos de «dar gracias después de las comidas». Cualquiera de nosotros puede encontrar probablemente otra media docena de frases en las que la palabra «gracia» se usa corrientemente.

En Teología, sin embargo, la palabra «gracia» tiene un significado definido y restringido. En primer lugar, significa un don del Señor. No es que sea cualquier clase de don; al contrario, es una clase muy especial de don. La vida misma es un regalo de Dios. Bajo ningún concepto estaba Dios obligado a crear la raza humana, y mucho menos a hacernos a ti y a mí en particular. Todo lo que acompaña a la vida humana es, de igual forma, un regalo de Dios. El sentido de la vista y de la palabra; la salud física; las cualidades que podamos poseer —cantar, dibujar o hacer un pastel—, todos esos son regalos de Dios. Pero tales regalos los llamamos dones naturales. Son parte de nuestra naturaleza de seres humanos. Existe una serie de cosas que necesariamente acompañan a las criaturas humanas de la forma en que Dios ideó la naturaleza humana. A estos dones de Dios no podemos llamarles adecuadamente «gracias».

La palabra «gracia» se reserva en Teología para designar aquellos regalos a los que el hombre no tiene ni remotamente derecho, ni aun siquiera por su condición de ser humano. La palabra «gracia» se usa para especificar aquellos regalos que están por encima de la naturaleza humana. Y por eso nos servimos de la palabra latina *super*, que significa elevado, y decimos que la gracia es un don sobrenatural de Dios. Sin embargo, la definición está todavía incompleta. Hay dones de Dios que son sobrenaturales, pero que no pueden ser llamados, estrictamente hablando, «gracias». Por ejemplo, una persona con un cáncer incurable puede ser curada milagrosamente en Lourdes. En tal caso, la salud de esa persona sería un don sobrenatural recibido a través de medios que están por encima y fuera de la naturaleza. Si queremos ser absolutamente precisos, no llamamos a esta curación una gracia. Hay además otros regalos que son sobrenaturales en sus orígenes, pero que no puede ser calificados de «gracias». La Sagrada Biblia, por ejemplo, es un regalo sobrenatural de Dios, igual que lo son la Iglesia y los sacramentos.

Dádivas como éstas, aunque sean sobrenaturales, actúan fuera de nosotros. No dejaría de ser correcto llamarlas «gracias externas». La palabra «gracia», sin embargo, cuando se usa llanamente y por sí sola, se refiere a aquellos dones o dádivas «invisibles» que residen en el alma, o bien operan en el alma. De esta forma construimos un poco más

sólidamente nuestra definición de gracia diciendo que es: un don sobrenatural e «interior» de Dios.

Cuanto antecede suscita otra cuestión. En ciertas ocasiones, Dios da a ciertas almas elegidas el poder de vislumbrar el futuro. Esta es una gracia interna sobrenatural. A este poder de profecía, ¿podemos acaso llamarlo gracia? Igualmente, un sacerdote tiene el poder de convertir el pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Cristo, y de perdonar los pecados. Ciertamente que estos son dones sobrenaturales internos. Pero, ¿son acaso gracias? La respuesta a esta pregunta es: no. Facultades tales como las mencionadas, aunque son dones internos y sobrenaturales, se otorgan en beneficio de otras personas, no para beneficio de aquel a quien se confieren. El poder de un sacerdote de officiar la Misa, no es para su propio bien, sino para el bien del Cuerpo Místico de Cristo. Un sacerdote podría estar en estado de pecado mortal, y, sin embargo, su Misa sería una Misa verdadera y merecería gracia para otros. Podría tener pecado en su propia alma, y, sin embargo, sus palabras de absolución perdonarían los pecados de otros. Esto nos lleva a otra consideración que habremos de añadir a nuestra definición de gracia: La gracia es un don sobrenatural interior de Dios que se nos confiere para nuestra propia salvación.

Una última pregunta: Si la gracia es un don de Dios al cual no tenemos ni la más remota sombra de derecho o exigencia, ¿cómo es que se nos ha dado la gracia? Los primeros seres (que nosotros sepamos) a quienes se les concedió la gracia, fueron los ángeles y Adán y Eva. Quizá no sea sorprendente, considerando la bondad infinita de Dios, que a los ángeles y a nuestros primeros padres se les concediera la gracia. Bien es verdad que ellos no la merecían; pero aunque no tenían derecho a la gracia, ciertamente no eran indignos de tal don.

Sin embargo, cuando Adán y Eva pecaron, ellos (y nosotros sus descendientes) eran no solamente desmerecedores de la gracia, sino verdaderamente indignos de cualquier cosa más allá de los dones naturales ordinarios de la naturaleza humana. ¿Cómo pudo la justicia infinita de Dios, infringida por el pecado original, quedar satisfecha de forma que Su bondad infinita pudiera actuar de nuevo en beneficio de la Humanidad?

La respuesta a esta pregunta redondea, a nuestro juicio, la definición de gracia. Sabemos que fue Jesucristo, con su vida y su muerte, quien satisfizo a la Justicia divina por el pecado de la Humanidad. Fue Jesucristo quien hizo méritos por nosotros y ganó para nosotros la gracia que Adán había perdido. Y de esta suerte completamos nuestra definición diciendo: «La gracia es un don sobrenatural e interior de Dios, otorgado a nosotros para nuestra salvación por los méritos de la Redención de nuestro Señor Jesucristo». ¿Quién diría que tan pocas palabras pueden contener tan gran significado?

Cuando nacimos, nuestras almas estaban, espiritualmente hablando, oscuras y vacías—espiritualmente muertas—. No existía un medio de unión entre nuestra alma y Dios. No había comunicación entre nuestra alma y Dios. Si, sin ser bautizados, alcanzamos el uso de la razón y morimos sin cometer ningún pecado (una hipótesis puramente imaginaria y verdaderamente imposible), no iríamos al cielo. Habríamos entrado en un estado de felicidad natural que, a falta de un término más apropiado, llamamos limbo. Pero nunca habríamos visto a Dios cara a cara y tal como es.

Es un pensamiento que merece la pena repetir el de que, en nuestra condición de seres humanos, no tenemos ningún derecho en absoluto a esa visión directa de Dios que constituye la felicidad esencial del cielo.

Tampoco Adán y Eva, antes de su caída, tenían ningún «derecho» al cielo. De hecho, el alma humana, en lo que podríamos llamar su estado natural puro, tampoco tiene el poder de ver a Dios; no tiene capacidad para una íntima y personal unión con Dios.

Pero Dios no dejó al hombre en este estado netamente natural. Cuando creó a Adán, Dios le dio todo lo que le correspondía como ser humano. Dios fue más lejos; concedió al alma de Adán cierta facultad o poder que le haría capaz de vivir en estrecha (aunque invisible) unión con Él en esta vida. Como esta facultad especial del alma —este poder de unión y comunicación con Dios— estaba completamente por encima de las fuerzas naturales del alma, la llamamos una facultad sobrenatural del alma, un don sobrenatural.

Dios otorgó esta facultad especial o poder al alma de Adán morando Él mismo en el alma de Adán. De una forma maravillosa, que seguirá siendo un misterio para nosotros hasta el Día del Juicio, Dios «se instaló en el alma de Adán». Y de la misma forma en que el sol en el cielo derrama luz y calor a la atmósfera que le rodea, así derramó Dios en el alma de Adán esta facultad sobrenatural: nada menos que compartir, hasta cierto punto, la propia vida de Dios. La luz del sol no es el sol; pero viene del sol; es el resultado de la presencia del sol. Así también, esta facultad sobrenatural del alma de la que hablamos es distinta de Dios, pero, sin embargo, viene de Él y es efecto de su presencia en el alma.

Esta facultad sobrenatural del alma tiene otro efecto. No solamente nos capacita para vivir en estrecha unión y comunicación con Dios en esta vida, sino que también nos prepara el alma para otro don que Dios nos hará después de la muerte. Este don será el de una visión sobrenatural, el poder de ver a Dios cara a cara tal y como es.

El lector habrá advertido ya que esta facultad sobrenatural del alma de la que he venido hablando es el don de Dios al que los teólogos han dado el nombre de gracia santificante. La he descrito antes de nombrarla en la confianza de que el nombre pudiera significar más cuando llegásemos a él. Y el don añadido de una visión sobrenatural después de la muerte, es lo que los teólogos llaman en latín el *Lumen Gloriam*, «Luz de la Gloria». La gracia santificante es una preparación necesaria, un requisito previo para la Luz de la Gloria. De la forma en que una lámpara eléctrica es inservible sin un enchufe donde aplicarla, de igual forma la Luz de la Gloria no encontraría lugar en un alma que no estuviese poseída de gracia santificante.

He hablado de gracia santificante refiriéndome a Adán. En el mismo acto de crear a Adán, Dios le elevó por encima de un nivel meramente natural a un destino sobrenatural, confiriéndole la gracia santificante. Por el pecado original, Adán perdió esa gracia para él y para nosotros. Jesucristo borró la culpa que separaba al hombre de Dios mediante su muerte en la cruz. El destino sobrenatural del hombre es reconquistado. A cada hombre individualmente se le confiere la gracia santificante en el sacramento del Bautismo.

Cuando somos bautizados recibimos por primera vez la gracia santificante. Dios (el Espíritu Santo por atribución) empieza a residir dentro de nosotros. Mediante su

presencia confiere a nuestra alma la facultad sobrenatural que hace posible que Dios, de una forma grandiosa y misteriosa a la vez, se vea a Sí mismo en nosotros y, en consecuencia, nos ame. Y como consecuencia de esta facultad sobrenatural del alma, de esta gracia santificante que fue adquirida para nosotros por Jesucristo, estamos unidos por ella a Cristo, la compartimos con Cristo —y, consecuentemente, Dios nos ve a nosotros como Él ve a su Hijo— y nos transformamos, cada uno de nosotros, en un hijo de Dios.

Algunas veces se le llama a la gracia santificante gracia *habitual*, porque se pretende que sea el estado permanente o habitual del alma. Una vez que nos unimos a Dios por el Bautismo, se pretende que quedemos unidos a Él para siempre, invisiblemente aquí y después visiblemente.

III. LA GRACIA QUE VIENE Y SE VA

Dios nos hizo para la visión beatífica, para la unión personal con Él que es la felicidad del cielo. Para que seamos capaces de tal visión directa de Dios, Él nos dará un poder sobrenatural que llamamos Luz de Gloria. Sin embargo, la Luz de Gloria sólo puede ser conferida a un alma que ya está unida a Dios por medio de ese don anterior que llamamos gracia santificante. Si vamos a la eternidad desprovistos de gracia santificante, entonces habremos perdido a Dios para siempre.

Una vez que hemos recibido la gracia santificante en el Bautismo, el que conservemos este don sobrenatural hasta el mismísimo final se convierte en un asunto de importancia vital. Y si por una catástrofe que nosotros mismos buscamos en la forma de pecado mortal, nos abandona, entonces es de suma urgencia que recobremos ese precioso don que nuestro pecado ha perdido, la vida espiritual de la gracia santificante que hemos extinguido en nuestra alma.

También es importante que aumentemos la gracia santificante en nuestra alma. Y «es» capaz de aumentar. Cuanto más purificada está un alma, mejor responde a la acción de Dios. Cuando disminuye, la gracia santificante también disminuye. Y es el grado de gracia santificante lo que determinará el grado de nuestra felicidad en el cielo. Dos hombres que miren la bóveda de la Capilla Sixtina encontrarán ambos un gozo completo a la vista de la obra de arte de Miguel Ángel, pero el hombre de mente cultivada experimentará mayor goce en ello que el otro, cuyo gusto artístico es inferior. El hombre con poca sensibilidad artística quedará completamente satisfecho; no se dará cuenta de que está dejando de apreciar algo, pero ciertamente es así. De forma similar, todos seremos completamente felices en el cielo. Pero el grado de nuestra felicidad dependerá de la agudeza espiritual de nuestra visión. Y esto, a su vez, dependerá del grado en que la gracia santificante haya calado en nuestra alma.

Estas son, pues, nuestras tres necesidades por lo que respecta a la gracia santificante: primero, que la preservemos permanentemente y hasta el fin; segundo, que la recobremos inmediatamente si la hemos perdido por el pecado mortal; tercero, que tratemos de crecer en gracia santificante con un ansia que ve el cielo como límite.

Ahora bien, ninguna de estas tres cosas es fácil de hacer. De hecho, con nuestra inteligencia humana y fortaleza corporal únicamente, ninguna de estas tres cosas es incluso posible. Como una víctima de un bombardeo, dando tumbos, ciega y debilitada, saliendo de las ruinas, así es como la naturaleza humana ha avanzado penosamente a través de los siglos desde la rebelión del pecado original, con el criterio permanentemente desequilibrado y la voluntad debilitada. Es tan difícil reconocer el

peligro a tiempo; tan duro afrontar con honradez las cosas buenas que han de hacerse; tan difícil apartar nuestra mirada del atractivo hipnótico del pecado.

He ahí por qué la gracia santificante, como un rey rodeado por una corte de servidores, va precedida y acompañada de un equipo completo de ayudas especiales de Dios. A estas ayudas especiales las llamamos gracias actuales. Una gracia actual es un impulso momentáneo y pasajero, un brote de energía espiritual con el cual Dios llama a nuestra alma, algo así como la mano del mecánico que toca una rueda en movimiento para hacer que continúe moviéndose.

La gracia actual puede actuar bien sobre la inteligencia o bien sobre la voluntad; normalmente sobre ambas. Dios da la gracia actual invariablemente por una de las tres razones mencionadas anteriormente: Bien para preparar el camino para la primera infusión de gracia santificante (o bien para devolverla cuando se pierde); para conservar la gracia santificante en el alma; y para aumentarla. La acción de la gracia actual puede ser comprendida mejor si imaginamos su labor en una persona que ha perdido la gracia santificante por el pecado mortal.

Primero, Dios ilumina la inteligencia del pecador de forma que pueda ver el mal que ha hecho. Si el pecador acepta esta gracia admitirá interiormente: «he ofendido a Dios gravemente; he cometido un pecado mortal». Puede que el pecador, desde luego, rechace esta primera gracia; puede decir: «lo que he hecho no era tan horriblemente malo; mucha gente hace cosas peores». Si realmente rechaza esta primera gracia, probablemente no haya una segunda. En el curso normal de la providencia de Dios, una gracia prepara otra. Este es el significado de las palabras de Cristo cuando dice: «A quien tiene se le dará, y tendrá en abundancia, pero a quien no tiene, aun aquello que le parece tener le será arrebatado» (Mateo 25, 29).

Pero suponiendo que el pecador haya aceptado la primera gracia, entonces sigue la segunda. Esta vez es un fortalecimiento de la voluntad que capacita al pecador para hacer un acto de contrición: «Dios mío, exclama interiormente, si muero así perderé el cielo e iré al infierno, y Te he tratado de una forma indigna, en compensación de todo lo que Tú me amas. ¡Dios mío, no lo haré de nuevo!». Si el dolor del pecador es perfecto (brotando principalmente de su amor hacia Dios), entonces la gracia santificante le es devuelta inmediatamente a su alma; inmediatamente Dios une su alma a Él. Si el dolor es imperfecto, basado principalmente en el temor a la justicia de Dios, entonces habrá otro impulso de gracia. Con su inteligencia más clara, el pecador dirá: «Debo confesarme». Con su voluntad fortalecida, tomará la resolución: «Iré a confesarme». Y en el sacramento de la Penitencia se restaura la gracia santificante en su alma. Este es un ejemplo concreto de cómo actúa la gracia actual.

Sin la ayuda de Dios no podemos ir al cielo. Esta ayuda es ni más ni menos la gracia. Sin la gracia santificante no somos capaces de la visión beatífica. Sin la gracia actual no somos capaces de recibir la gracia santificante (una vez que hemos llegado al uso de razón). Sin la gracia actual no somos capaces de permanecer por largo tiempo en estado de gracia santificante. Sin la gracia actual no podemos recuperar la gracia santificante si la hubiésemos perdido.

En vista de la absoluta necesidad de la gracia, es confortante recordar otra verdad que asimismo es un artículo de fe, algo en lo que debemos creer. Es el hecho de que Dios da a cada alma que crea, gracia suficiente para lograr el cielo. Nadie perderá en ningún caso el cielo más que por su propia culpa, por no saber utilizar la gracia de Dios.

Porque, desde luego, es posible rechazar la gracia. La gracia de Dios actúa en y a través de la voluntad humana. La gracia de Dios no destruye nuestra voluntad de elección. Ciertamente es que la gracia hace la mayor parte del trabajo, pero Dios nos pide nuestra colaboración. Cuando menos, nuestra tarea es no poner obstáculos a la acción de la gracia en nuestra alma.

Estamos hablando principalmente de gracias actuales, esos impulsos divinos que nos mueven a juzgar lo que es bueno y a hacer lo que es bueno. Quizá nos ayude un ejemplo a ilustrar la actuación de la gracia respecto a la libre voluntad.

Supongamos que hemos sufrido una larga enfermedad. Ahora estoy convaleciente, y tengo que aprender a andar de nuevo. Si intento andar solo, me caeré de bruces. De forma que un buen amigo se compromete a ayudarme. Pone su brazo alrededor de mi cintura y yo me inclino pesadamente sobre su hombro. Me hace avanzar cuidadosamente sobre el suelo; ¡ando de nuevo! Realmente, cuando ando, mi amigo está haciendo la mayor parte, pero hay algo que mi amigo no puede hacer por mí; no puede levantar mis pies. Si ni siquiera intento poner un pie delante del otro; si únicamente me dejo sostener, un peso muerto, colgando de mi amigo, entonces la ayuda de mi amigo es inútil. A pesar de él, no andaré.

En casi idéntica forma podemos permitir que la gracia de Dios quede sin efecto. Por nuestra propia indiferencia —o aún peor, por nuestra resistencia efectiva— podemos frustrar la acción de la gracia de Dios en nuestra alma. Desde luego, si Él quiere, Dios puede darnos tanta gracia que nuestra voluntad humana sea movida sin apenas esfuerzo por nuestra parte. Esto es lo que los teólogos llaman *gracia eficaz*, distinguiéndola de la gracia meramente suficiente. La gracia eficaz realmente cumple su propósito. No sólo es «suficiente» para nuestras necesidades espirituales, sino que, además, es lo suficientemente fuerte como para vencer la debilidad u obstinación que pudiera inducirnos a rechazar o a resistir a la gracia.

Cualquiera de nosotros, alguna vez, estoy seguro, habrá tenido una experiencia como la siguiente: Nos enfrentamos con una fuerte tentación; quizá incluso sabemos por experiencia que esta tentación suele vencernos. Murmuramos una débil oración pidiendo ayuda, incluso sin estar seguros en nuestra propia mente de que «queremos» ser ayudados. Y, de repente, la tentación desaparece. Al pensar en ello después, no podemos decir con sinceridad que hemos «vencido» la tentación; más bien parece como que se esfumó.

Asimismo hemos atravesado por la experiencia de ejecutar una acción extraordinariamente generosa para nosotros o que nos supone sacrificio. Sentimos una sorpresa agradable. «Verdaderamente, admitimos para nuestros adentros, no acostumbro a hacer esas cosas.»

En ambos casos, hemos contado con gracias que no eran sólo «suficientes», sino que realmente fueron eficaces. Pero, en verdad, cuando hacemos el bien o nos abstenemos del mal, nuestra gracia ha sido eficaz; ha cumplido su fin. Y esto es cierto aun cuando seamos conscientes de algún esfuerzo por nuestra parte, aun cuando notemos que ha sido por medio de una lucha.

En verdad, creo que una de nuestras mayores sorpresas, el Día del Juicio, será descubrir cuán poco hemos tenido que hacer por nuestra salvación. Nos asombraremos al conocer cómo nos ha rodeado y acompañado toda nuestra vida, y de qué forma tan continua y completa, la gracia de Dios. Durante esta vida ocasionalmente reconocemos la mano de Dios. Algunas veces podemos decir, «seguro que la gracia de Dios estaba conmigo», pero el Día del Juicio veremos que por cada gracia que hemos reconocido ha habido una infinidad de otras escondidas, que nos han pasado totalmente inadvertidas.

Nuestra sorpresa irá además mezclada con la vergüenza. Caminamos por la vida, la mayoría de nosotros, congratulándonos por nuestras pequeñas victorias. Dijimos no a aquel vaso que hubiera sido demasiado; dejamos de salir con aquella persona que pudiera haber significado un pecado para nosotros. Contuvimos nuestra lengua cuando quisimos contestar de una forma desairada e hiriente, logramos despegarnos de las sábanas para oír misa un día de labor, cuando nuestro cuerpo clamaba en protestas.

Y el Día del Juicio podremos mirarnos francamente a nosotros mismos. Veremos el cuadro completo de la actuación de la gracia en nuestra vida. Veremos qué poco hemos tenido que hacer en nuestras decisiones heroicas y en nuestros supuestos actos nobles. Casi podemos imaginarnos a Dios sonriéndonos complaciente, de forma amorosa, mientras ve nuestra pena; cuando Él nos oye exclamar llenos de confusión: «¡Dios mío! ¡Eras Tú siempre!».

IV. FUENTES DE VIDA

Bien sabemos que existen dos fuentes de gracia divina: la oración y los sacramentos. Una vez recibida la gracia santificante por el bautismo, la gracia santificante aumenta en las almas por medio de la oración y de los otros seis sacramentos. Si perdemos la gracia santificante por el pecado mortal, la oración (que nos dispone para el perdón) y el sacramento de la penitencia nos la devuelven.

La oración se define como «una elevación de la mente y el corazón hacia Dios». Podemos elevar nuestra mente y corazón a Dios utilizando palabras. Podemos decir, «Dios mío, perdón por mis pecados», o «Dios mío, te amo», hablando a Dios de una forma completamente natural, con nuestras propias palabras. O bien podemos alzar nuestra mente y corazón a Dios mediante palabras que otros han escrito, intentando «decir» las palabras que leemos.

Estas oraciones «preparadas» pueden ser compuestas por particulares (pero aprobadas oficialmente), y las encontramos en muchos libros de oraciones y devocionarios; pueden ser también oraciones litúrgicas, las oraciones oficiales de la Iglesia, del Cuerpo Místico de Cristo. Tales son las oraciones de la Misa, del Breviario, y de diversas funciones religiosas. La mayoría de ellas, tales como los Salmos y los Cánticos, han sido tomadas de la Sagrada Biblia, de forma que son palabras inspiradas por el mismo Dios.

Podemos, pues, orar con nuestras propias palabras o con palabras de otros. Podemos utilizar oraciones compuestas por particulares o litúrgicas. Cualquiera que sea el origen de nuestras palabras, mientras el uso de las palabras figure de forma preeminente en nuestra oración, ésta se denomina *oración vocal*, y lo es aun cuando no pronunciemos las palabras en voz alta, aun cuando digamos las palabras silenciosamente para nosotros mismos. No es el tono de voz sino el uso de palabras lo que determina una oración vocal. Es ésta una clase de oración que se utiliza universalmente, tanto por las personas santas como por las no tan santas.

Pero existe una clase de oración más elevada que se llama *oración mental*. En esta clase de oración, la mente y el corazón son los que trabajan, sin el uso de palabras. Casi todos hacemos uso de la oración mental alguna vez, a menudo sin darnos cuenta de ello. Si alguna vez has mirado al crucifijo y has pensado para ti cuánto debió sufrir Jesús por nosotros, cuán pequeñas son tus propias tribulaciones, y has resuelto ser más paciente después; has hecho una oración mental. Si alguna vez (probablemente después de la comunión) has recapacitado en lo bueno que Dios ha sido contigo, en lo poco que has hecho por Él, y has tomado la resolución de ser más generoso con Dios en el futuro; has orado mentalmente.

Esta clase de oración mental, en la cual la mente se ocupa de alguna verdad divina — por ejemplo: acerca de alguna palabra o acción de Cristo—, de lo cual resulta que el corazón (realmente la voluntad) crece en amor y fidelidad hacia Dios: esta clase de oración se llama comúnmente *meditación*. Si bien es cierto que casi todo católico practicante, al menos intermitentemente, practicará en cierta medida la meditación, conviene advertir que no habrá un aumento espiritual notable, a menos que se dedique a la oración mental parte del tiempo consagrado a la oración. Por eso es por lo que la Ley de la Iglesia prescribe que cada sacerdote dedique algún tiempo diariamente a la oración mental. La mayoría de las Órdenes Religiosas prescribe a sus miembros una hora completa de oración mental diaria.

Para una persona corriente, una forma sencilla y fructífera de meditación sería leer un capítulo de los Evangelios cada día. Convendría que se hiciese a una hora y en un lugar lejos de ruidos y distracciones, a ser posible. A continuación debería intentarse recordar mentalmente lo que se ha leído; dando tiempo a que la lectura se asimile, aplicándola a la propia vida particular, y orientándola hacia una resolución concreta.

Además de la meditación existe otra forma de oración mental —aún más elevada que aquella—, a la cual denominamos *contemplación*. Acostumbramos a pensar en los santos como «contemplativos». Estamos inclinados a pensar que la contemplación es algo que está reservado a los conventos y a los monasterios. En realidad, la oración de contemplación es una forma de la oración a la cual todo cristiano sincero debería aspirar. Es una forma de oración a la que normalmente conduciría nuestra oración de meditación, si meditásemos con regularidad.

Es difícil describir la oración de contemplación, porque no hay mucho que describir. Podríamos decir que es un tipo de oración en la cual la mente y el corazón se elevan a Dios. La mente y el corazón se elevan a Dios y quedan allí. La mente, al menos, permanece inactiva. El único movimiento que existe es el del corazón (o la voluntad) hacia Dios. Si algún «trabajo» se ejecuta, se hace por Dios mismo. Podemos actuar entonces con completa libertad sobre el corazón que se ha unido tan firmemente a Él.

Antes de que alguien diga, «¡Yo nunca podría contemplar!», permitidme preguntar: ¿Os habéis arrodillado (o sentado) en una iglesia tranquila, después de la misa o al regresar a casa del trabajo; habéis permanecido allí por unos breves minutos sin pensar conscientemente, quizás simplemente mirando al Tabernáculo, sin pensar, como anhelantes; y os habéis marchado finalmente de la iglesia con un sentimiento extraño de fortaleza renovada, de valor y de paz? Entonces os diré: habéis hecho contemplación, aunque no lo supieseis. De forma que no hemos de decir que la contemplación está fuera de nuestro alcance. Es la clase de oración que Dios quiere que todos nosotros intentemos; es la clase de oración a la que cualquiera otra —vocal (privada o litúrgica) y meditación— debería conducirnos. Es la clase de oración que más eficazmente contribuirá al crecimiento de la gracia.

Esta maravillosa vida interior nuestra —esta forma de participar de la propia vida de Dios a la que llamamos gracia santificante— se aumenta por medio de la oración. Se aumenta asimismo por medio de los sacramentos; los sacramentos que siguen después

del bautismo. La vida de un adolescente crece con cada aliento que toma, con cada onza de alimento que digiere, con cada movimiento de sus músculos aún por desarrollar. De igual forma los otros seis sacramentos constituyen, desde el comienzo de la vida, el primer acceso a la gracia santificante que otorga el bautismo.

Eso es cierto incluso para el sacramento de la penitencia. Acostumbramos a pensar en la confesión como el sacramento del perdón. Pensamos que este sacramento es el que nos devuelve la vida cuando la gracia santificante se ha perdido a causa de un pecado mortal. Pero el sacramento es una medicina que «edifica la vida» además de «restaurar la vida». Sería una lamentable ignorancia suponer que el sacramento de la penitencia está reservado a perdonar los pecados mortales exclusivamente. Tiene otro fin secundario. Para el alma que está en estado de gracia santificante, la penitencia es un medio de acrecentar la vida, tanto como lo es la Sagrada Eucaristía. Por esto es por lo que quienes intentan algo más que una mediocridad en sus vidas espirituales gustan de recibir frecuentemente el sacramento de la penitencia.

Sin embargo, el sacramento de la vida por excelencia es la Sagrada Eucaristía. Éste, por encima de cualquier otro, enriquece e intensifica la vida de la gracia en nosotros. La misma forma del sacramento nos lo dice. En la Sagrada Eucaristía Dios viene a nosotros, no a través de una purificación con agua, ni por la unción con el óleo, ni por la transmisión de fuerza con la imposición de las manos, sino como el verdadero alimento y bebida de nuestras almas, bajo las apariencias de pan y vino.

Este impulso ascendente de sed de vida que llamamos gracia santificante es el resultado de la unión del alma con Dios, el resultado de que Dios more en el alma. No hay otro sacramento que nos una tan directa e íntimamente con Dios como la Sagrada Eucaristía, bien pensemos en ella como Misa o como Sagrada Comunión. En la Misa nuestra alma se eleva hasta la Santísima Trinidad. Cuando nos unimos con Cristo en la Misa, Cristo une nuestro amor con su propio amor infinito hacia Dios. Nos transformamos en una parte del don de Sí mismo que Él ofrece, en este calvario sin fin, a Dios Trinidad. Nos transporta, valga la metáfora, con Él mismo, y nos introduce en esa profundidad misteriosa que es la vida eterna del Dios Uno. En tal contacto directo con Dios, no es extraño que la Misa sea para nosotros una tan abundante fuente de vida, tal multiplicador de gracia santificante.

Pero el brote de vida no termina cuando nos acercamos a la divinidad en la consagración de la Misa. Ahora el curso se invierte. Cuando hemos llegado hasta Dios con y a través de Cristo, Dios a su vez, en Cristo y a través de Cristo, baja a nosotros. En un misterio de unión que debe dejar absortos incluso a los ángeles, Dios viene a nosotros. En este caso Dios no utiliza agua ni óleo ni gesto ni palabra como portador de su gracia. Esta vez es Jesucristo, el propio Hijo de Dios, quien real y personalmente se presenta bajo la forma de pan y eleva a límites insospechados la gracia santificante dentro de nosotros.

La Misa en sí, aun sin Sagrada Comunión, es una fuente sin límites de gracia para cada miembro del Cuerpo Místico de Cristo que esté espiritualmente vivo. Para cada uno de nosotros individualmente, las gracias de la Misa aumentan en la medida en que nos

unamos consciente y activamente con Cristo en Su ofrecimiento de Sí mismo. Cuando las circunstancias impiden recibir la Sagrada Comunión, una comunión espiritual sincera y ferviente aumentará aún más la gracia que recibimos en la Misa. Cristo es indudablemente capaz de salvar esa distancia de la que no tenemos culpa.

Pero es evidente que cualquier católico auténticamente interesado en su propio crecimiento espiritual, querrá completar el ciclo de gracia con la Sagrada Comunión. «Que cada Misa sea una Misa de Comunión» debería ser la meta de todos nosotros. Es una triste pérdida de gracia en cualquier Misa la de aquel que, por desidia o indiferencia, deja de abrir su corazón al don que Dios ofrece de Sí mismo. Y es un error muy próximo a la estupidez considerar la Sagrada Comunión como un «deber» periódico que ha de cumplirse una vez al mes o una vez al año.

Hay un punto digno de ser considerado aquí respecto a la fuerza de vida que dan la oración y los sacramentos. Hemos hecho hincapié en que la gracia, en todas sus formas, es un don libre de Dios. Bien sea el comienzo de la santidad con el Bautismo o el crecimiento en santidad a través de la oración o de otro sacramento: todo eso es acción de Dios. No importa que yo ejecute actos heroicos; sin la gracia de Dios, no podría salvarme.

Sin embargo, no he de pensar en la oración y en los sacramentos como fórmulas mágicas que me salvarán y me santificarán a pesar de mí mismo. Si así pienso, seré culpable de ese «formalismo» religioso del que a menudo somos acusados los católicos. El formalismo religioso se da cuando una persona cree que, con adoptar ciertos movimientos, pronunciar ciertas oraciones y tomar parte en ciertas ceremonias, es buena.

La acusación contra los católicos en general es decididamente injusta, pero tal cargo afecta realmente a cualquier católico cuya vida espiritual se limitase a recitar automáticamente y sin pensar ciertas oraciones prefabricadas —sin elevar su mente y su corazón hacia Dios—; y a recibir los sacramentos por la fuerza de la costumbre o el sentido del deber, sin un consciente deseo de una unión más íntima con Dios. En resumen, Dios puede penetrar en un alma únicamente hasta donde uno mismo le permite.

V. ¿QUÉ ES MÉRITO?

Leí una vez en el periódico que un hombre había construido una casa para su familia. Hizo casi todo el trabajo por sí solo y gastó todos sus ahorros en los materiales. Cuando hubo terminado la casa, después de muchos meses de trabajo, se dio cuenta, horrorizado, de que la había construido en un solar que pertenecía a otro. El propietario del solar tomó posesión de la casa con toda tranquilidad mientras que el que la construyó no tuvo otro remedio que lamentar el tiempo y el dinero perdidos.

Por digna de lástima que sea la pérdida de ese pobre hombre, no es nada comparada con la del hombre o mujer que vive sin gracia santificante. No importan los actos nobles o grandiosos que tal persona pueda realizar; ni una sola de sus acciones tiene valor alguno a los ojos de Dios. Bien sea porque no recibió el bautismo o por un pecado mortal posterior, el alma que está de tal forma apartada de Dios vive sus días en vano. Sus penas y dolores, sus sacrificios y sus bondades carecen de valor eterno, todas ellas son inútiles por lo que a Dios respecta. No hay mérito en nada de lo que hace. Así, pues, ¿qué es mérito?

El mérito ha sido definido como esa propiedad que posee una buena acción para hacer a su ejecutor acreedor a una recompensa. Cualquiera de nosotros coincidirá en que, generalmente hablando, el efectuar una buena acción requiere un esfuerzo. Bien sea socorrer al pobre o consolar al enfermo, o prestar ayuda al prójimo, es fácil comprobar que hay un pequeño sacrificio en ello. Es fácil ver que tales acciones tienen un valor, que puede justificar, al menos en potencia, una recompensa. Pero no pueden pretender una recompensa de Dios si Dios no ha tenido parte en la ejecución de tales hechos. No puede pretenderse una recompensa de Dios si no existe comunicación entre Dios y el ejecutante. Por muy intensamente que un obrero pueda trabajar, no podrá exigir una compensación por su trabajo si se ha descuidado en comprobar si su nombre estaba en la nómina.

Por esta razón, sólo el alma que está en estado de gracia santificante puede ganar méritos con sus acciones. En realidad, «estar» en estado de gracia santificante es lo que «da» valor eterno a una acción. Las acciones humanas, mientras son puramente humanas, no tienen significado sobrenatural alguno. Solamente cuando estas acciones son el trabajo de Dios mismo tienen un valor divino. Y nuestras acciones «son», en cierto modo, las acciones de Dios mismo, presente en el alma, cuando el alma vive la vida sobrenatural que llamamos gracia santificante.

Tan cierto es esto, que la más pequeña de nuestras acciones tiene un valor sobrenatural cuando se ejecuta en unión con Dios. Cualquier cosa que Dios haga, aun

cuando lo haga a través de nosotros como sus instrumentos libres y con plena voluntad, tiene un valor divino. Por ello, aun la más pequeña de nuestras acciones, a condición de que sea una buena acción moralmente hablando, tiene mérito siempre y cuando tengamos la intención, al menos habitual, de hacerlo todo por Dios.

No sorprende a nadie que ayudar al necesitado, practicar penitencia o dar dinero para las misiones, son acciones meritorias cuando se ejecutan en estado de gracia santificante. Pero muchos se sorprenderán al saber que sacudir una alfombra, cortarse el pelo o limpiar de maleza el jardín, son acciones meritorias también, cuando las ejecuta alguien que vive en un nivel sobrenatural, en el estado de gracia santificante. Cualquier acción libre y consciente que no sea pecaminosa, es una buena acción moral, sin que tenga importancia si es vulgar o sin pretensiones. Por tanto, cualquier cosa que hagamos libremente que no sea pecaminosa, y que hagamos en gracia santificante, es una fuente de méritos, a condición de que exista, al menos, una intención en potencia de hacer todo por amor a Dios.

Ya que mérito es «aquella propiedad de una buena acción que capacita al ejecutante para recibir una recompensa», lógicamente habremos de preguntar, ¿cuál será nuestra recompensa? Nuestras buenas acciones merecerán tres recompensas: un aumento de gracia santificante, la vida eterna y un aumento de gloria en los cielos. Por lo que respecta a la segunda fase de esta recompensa —vida eterna— es interesante notar lo siguiente: Para el que no tiene uso de razón y ha sido bautizado, el cielo es una herencia que le pertenece por ser hijo adoptivo de Dios, incorporado a Cristo; pero para el cristiano adulto, el cielo puede ser una recompensa además de una herencia, una recompensa que podemos ganar porque Dios la ha prometido a aquellos que Le sirvan.

Por lo que respecta a la tercera recompensa —aumento de gloria celestial— podemos apreciar que proviene de la primera. El grado de nuestra gloria en los cielos estará en proporción al grado de nuestra unión con Dios, en consideración a la intensidad con que la gracia santificante se ha impreso en nuestra alma. A medida que la gracia aumenta, nuestra futura gloria en los cielos aumenta también.

Sin embargo, para conseguir la vida eterna y el aumento de gloria para los que hemos hecho méritos, debemos, desde luego, morir en gracia santificante. El pecado mortal borra todo mérito, de igual forma que la quiebra de un banco puede llevarse todos los ahorros de una vida. Y no existe el mérito después de la muerte. No podemos ganar méritos ni en el infierno ni en el purgatorio, ni aun en el cielo. Solamente en esta vida, que es el período de prueba, el tiempo para ganar méritos.

Consuela, sin embargo, saber que los méritos que se han perdido por el pecado mortal se recuperan tan pronto como el alma se vuelve de nuevo a Dios en un acto de contrición perfecta o en el sacramento de la Penitencia. Los méritos reviven en el momento en que la gracia santificante retorna al alma. El pecador arrepentido, en otras palabras, no tiene que comenzar de nuevo; el tesoro primitivo de sus méritos no se ha perdido por completo.

Para ti y para mí, ¿qué significa vivir en estado de gracia santificante, vulgarmente hablando? Para responder a esta pregunta, supongamos que dos hombres trabajan juntos

en el mismo despacho (o en una fábrica, almacén o granja). Para un observador corriente, los dos hombres se parecen mucho. Ambos hacen la misma clase de trabajo, los dos están casados, y tienen familia; y ambos llevan una vida que podríamos calificar de «respetable». Sin embargo, uno de los dos es lo que podríamos denominar un «laicista». No practica ninguna religión, y apenas si dedica algún pensamiento a Dios. Su filosofía consiste en que depende de él construir su propia felicidad, conseguir todo lo que pretende en la vida. «Si no logras algo tú mismo, dirá, nadie lo hará por ti».

No es un hombre «malo». Al contrario, es admirable en muchos aspectos. Trabaja como un toro, porque pretende mejorar de posición y porque quiere dar a su familia todo lo mejor. Está realmente pendiente de su familia, orgulloso de su bella esposa, que es tan singular y capaz ayuda, y orgulloso de sus hijos, a los que ve como una continuación de sí mismo. «Son la única inmortalidad que pretendo», dice a sus amigos. Es un individuo amistoso, agradable según la opinión de los que le conocen, razonablemente generoso y activo en la vida pública. Su industriosidad, franqueza, honestidad y buen criterio no están basados en principios religiosos. «Es como debe de ser», dirá. «A mí mismo me lo debo, como un ser humano civilizado que soy».

He ahí, pues, el retrato de un hombre bueno «natural». Todos nosotros nos hemos encontrado con uno alguna vez. Exteriormente al menos, ha logrado avergonzar a más de un cristiano practicante. Y, sin embargo, sabemos que le falta la más importante de todas las cosas. No está haciendo lo que corresponde hacer, no está comportándose como debe en cuanto ser humano mientras desconozca la razón por la que fue creado: Amar a Dios y demostrarlo haciendo la voluntad de Dios, y hacerlo por amor a Él. Precisamente porque es tan bueno en todas las pequeñas cosas nuestra lástima es mayor, nuestras oraciones por él más angustiosas.

Ahora volvamos nuestra atención al otro hombre, que trabaja en la mesa, en la máquina o en el mostrador de al lado. Este segundo parece casi el mellizo idéntico del primero: En familia, hogar, trabajo y personalidad. Pero existe una diferencia incalculable que un observador casual no captará fácilmente. La diferencia estriba, en primer lugar, en la «intención». La vida del segundo no está basada en una filosofía de «decencia común» o «me lo debo a mí mismo». Al menos no «principalmente». Los amores y estímulos humanos y naturales que él comparte con toda la humanidad los ha transformado por un amor más elevado y un afán más noble: El amor de Dios, y el deseo de hacer la voluntad de Dios.

Su esposa no es simplemente su compañera de chimenea; también lo es ante el altar. Él y ella son socios de Dios, ayudándose el uno al otro hacia la santidad, cooperando con Dios en la creación de nuevos seres humanos destinados a la vida eterna. El amor por sus hijos no es una mera continuación de sí mismo; los considera como algo que Dios le ha encomendado solemnemente; se considera a sí mismo como un guardián que algún día habrá de responder de aquellas almas. Su amor por ellos y por su esposa es parte de su amor por Dios. Su trabajo no es únicamente una oportunidad para prosperar y para conseguir unos medios materiales. Es parte de su responsabilidad paterna, el medio de cubrir las necesidades materiales de su familia, una parte del patrón, del plan que para él

trazó Dios. Realiza su trabajo lo mejor que puede porque comprende que él es un instrumento en las manos de Dios destinado a realizar la tarea creadora de Dios en el mundo. Para Dios, sólo basta lo mejor. Y de esta forma pasan sus días. Su natural afabilidad está imbuida por el espíritu de caridad. Su generosidad es absolutamente perfecta. Su buen juicio participa de la compasión de Cristo. No es que esté siempre pensando en estas cosas; ni que transcurra el día consciente de su rectitud. Pero él comienza su día dirigiéndolo hacia la meta deseada, hacia Dios y no hacia sí mismo. «Dios mío, dice, te ofrezco todos mis pensamientos, palabras, acciones y sufrimientos de este día...» Probablemente ha iniciado su jornada de la mejor forma posible comenzando por oír misa.

Pero hay algo más, necesario para hacer de este individuo un verdadero hombre «sobrenatural». Su recta intención es necesaria, pero sola no es suficiente. Sus días no solamente han de estar orientados hacia Dios, sino que han de ser vividos en unión con Dios si han de tener un valor eterno. En otras palabras, ha de vivir en estado de gracia santificante.

En Cristo, incluso su acción más insignificante tenía un valor infinito, porque su naturaleza humana estaba unida a su naturaleza divina. Lo que Jesús hacía lo hacía Dios. Ocurre algo parecido con nosotros (y solamente parecido). Cuando estamos en gracia santificante no «poseemos» la naturaleza divina, pero participamos de la propia naturaleza de Dios, compartimos en cierto modo la propia vida de Dios. Y como consecuencia, cualquier cosa que hagamos —excepto el pecado— lo está haciendo Dios en y a través de nosotros. Dios confiere un valor eterno a todo lo que hacemos. Incluso nuestras tareas, tales como ayudar a un niño a sonarse la nariz o desatracar la pila, merecen un aumento de gracia santificante y un grado más elevado de gloria en el cielo, si nuestra vida está centrada en Dios. Esto es lo que supone vivir en gracia santificante. Esto es lo que representa ser un hombre sobrenatural.

VI. ¿QUÉ ES VIRTUD?

¿Eres una persona virtuosa? Probablemente la modestia te impulsaría a contestar: «Bueno, no precisamente». Sin embargo, si has sido bautizado y estás en estado de gracia santificante, posees las tres mayores virtudes: las virtudes divinas de la fe, la esperanza y la caridad. Si cometieses un pecado mortal, perderías la virtud de la caridad (o amor a Dios), pero, aún así, conservarías las virtudes de la fe y la esperanza.

Antes de continuar, quizá deberíamos recordar lo que significa la palabra «virtud». En religión, la virtud se define como «un hábito o predisposición continua que induce a una persona a hacer el bien y a evitar el mal». Por ejemplo, si tienes la costumbre de decir siempre la verdad, entonces es que posees la virtud de la veracidad. Si tienes por costumbre ser estrictamente honrado en lo que respecta a los derechos de los demás, entonces posees la virtud de la justicia.

Si adquirimos una virtud por nuestras propias fuerzas, desarrollando conscientemente una determinada costumbre buena, entonces denominamos a tal virtud, *virtud natural*. Supongamos que decidimos desarrollar la virtud de la veracidad. Cuidamos nuestro lenguaje, esforzándonos en no decir nada que sepamos se aparte de la verdad. Al comienzo quizás encontremos que no es difícil, especialmente cuando decir la verdad no nos causa inconvenientes o molestias. Una costumbre, sin embargo (buena o mala), se fortalece mediante sucesivas repeticiones. Poco a poco encontramos más fácil decir la verdad, incluso cuando los resultados son dolorosos o desagradables. Decir la verdad llega a ser en nosotros casi una segunda naturaleza; va «contra nosotros mismos» decir una mentira. Y en este punto, definitivamente, hemos adquirido la virtud de la veracidad. Por haberla logrado por nuestros propios medios, la llamamos virtud «natural».

Sin embargo, Dios puede inculcar directamente una virtud en nuestra alma sin que requiera ningún esfuerzo de nuestra parte. Mediante su poder Omnipotente, Dios puede conferir a un alma el poder y la inclinación para realizar ciertos actos que son sobrenaturalmente buenos. Una virtud de esta índole, una costumbre conferida al alma directamente por Dios, es denominada *virtud sobrenatural*. Entre las virtudes sobrenaturales están las tres principales, que llamamos *teologales*: fe, esperanza y caridad. Se las llama teologales (o divinas) porque se refieren directamente a Dios. Es en Dios en quien creemos, en quien esperamos, es a Dios a quien amamos.

Estas tres virtudes son infundidas en nuestra alma con la gracia santificante en el sacramento del bautismo. Incluso el recién bautizado posee estas tres virtudes, si bien es incapaz de ejercitarlas hasta que llega al uso de razón. Una vez que recibimos estas tres virtudes, no es fácil perderlas. La virtud de la caridad, la capacidad y posibilidad de amar

a Dios con un amor sobrenatural, únicamente la perdemos si deliberadamente nos apartamos de Dios por el pecado mortal. Cuando la gracia santificante se separa de nosotros, también la caridad se aparta.

Pero aunque se haya apartado la caridad, la fe y la esperanza quedan aún. Únicamente perdemos la virtud de la esperanza por un pecado contra la esperanza, un pecado de desesperación, por el cual no confiamos ya en la bondad y misericordia de Dios. La esperanza podría también perderse, desde luego, si la fe se perdiera. Ciertamente que no confiaremos en un Dios en el cual no creemos. Y la fe misma se perderá únicamente por un pecado grave y directo contra la fe, rehusando creer lo que Dios ha revelado.

Además de las tres virtudes que llamamos teologales o divinas, hay otras cuatro virtudes sobrenaturales que se conceden en el bautismo juntamente con la gracia santificante. Debido a que estas virtudes no se refieren directamente a Dios, sino que más bien se relacionan con nuestra actitud hacia personas y cosas referentes a Dios, son llamadas virtudes morales. Aparte de la fe, la esperanza y la caridad, todas las demás virtudes son virtudes morales. Las cuatro de las que hablamos, las cuatro virtudes morales sobrenaturales que se infunden en el alma con la gracia santificante, son: la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza.

Estas cuatro virtudes tienen un nombre especial; se las denomina las cuatro *virtudes cardinales*. La palabra cardinal viene del latín *cardo*, que significa quicio. Prudencia, justicia, fortaleza y templanza, se denominan virtudes cardinales porque son las virtudes «quicio», las virtudes clave de las que dependen todas las demás virtudes morales. Si un hombre es verdaderamente prudente, justo, espiritualmente fuerte y atemperado, entonces poseerá todas las demás virtudes morales. Podríamos decir que estas cuatro contienen la semilla de todas las demás virtudes. Por ejemplo, la virtud de la religión, que nos dispone para ofrecer a Dios la adoración que Le es debida, brota de la virtud cardinal de la justicia. La religión es la más alta de todas las virtudes morales.

Es interesante observar dos diferencias notables entre las virtudes naturales y las sobrenaturales. Una virtud natural, por la misma razón que se ha adquirido mediante una práctica continuada y una repetida autodisciplina, hace fácil para nosotros el realizar un acto de tal virtud particular. Llegamos hasta un punto, por ejemplo, en que es más agradable ser veraz que no serlo. De otro lado, una virtud sobrenatural, por ser infundida directamente y no adquirida mediante acciones repetidas, no hace que la práctica de la virtud nos resulte sencilla. Puedo imaginarme a una persona que poseyendo la virtud de la fe en grado elevado, podría ser tentada por dudas sobre la fe durante toda su vida.

Otra diferencia entre virtud natural y virtud sobrenatural es la forma en que cada una aumenta. Una virtud natural, tal como la paciencia adquirida, se incrementa mediante una práctica repetida y perseverante. Sin embargo, una virtud sobrenatural únicamente recibe un incremento de Dios, un incremento que Dios da en proporción a la bondad moral de nuestras acciones. En otras palabras, lo que aumente la gracia santificante también aumentará las virtudes infusas. Crecemos en virtud a medida que crecemos en gracia.

¿Qué queremos expresar exactamente cuando decimos «creo en Dios», «espero en Dios», «amo a Dios»? En nuestra conversación diaria probablemente utilizamos ciertas palabras con alguna ligereza; es conveniente que de cuando en cuando recapitemos sobre el significado original y estricto de las palabras que usamos.

La fe es un buen ejemplo con el que empezar. De las tres virtudes divinas que se nos infunden en el alma al bautizarnos, la fe es la más fundamental. Es evidente que no podemos esperar en, ni amar a un Dios en el que no creamos.

La fe divina se define como «la virtud por la cual creemos firmemente todas las verdades que Dios ha revelado, por la palabra de Dios que revela, que no puede ni engañarse ni engañarnos». Hay dos frases clave en esta definición: «Creemos firmemente» y «palabra de Dios». Merecen que las examinemos con atención.

Crear significa aceptar como verdadero. Creemos algo cuando damos nuestro asenso definitivo e indiscutible. Podemos ver cuán ligeramente usamos esta palabra cuando decimos, «creo que lloverá mañana», o bien, «creo que éste es el mejor verano que hemos tenido». En ambos casos expresamos simplemente una opinión; «admitimos» que puede llover mañana; «tenemos la impresión» de que es el verano más agradable que hemos pasado. Esto es algo que debemos tener en cuenta: una opinión no es realmente una creencia. Fe significa certidumbre.

Pero no toda certidumbre es fe. No diré que yo creo algo si es algo que puedo ver y comprender claramente. No diré que creo que dos y dos son cuatro. «Sé» que dos y dos son cuatro. Es algo que puedo comprender y probar a mi entera satisfacción. Un conocimiento de esta índole, relativo a hechos que puedo percibir y palpar, se denomina «ciencia» más bien que creencia.

Creencia, pues —o fe—, es aceptar algo como verdadero «basándonos en el criterio de alguien». Nunca he estado personalmente en China, pero muchas personas que han estado allí me aseguran que existe un país llamado China. Como tengo confianza en esas personas, creo que China existe. De forma análoga, poco sé sobre la ciencia de la física y nada en absoluto sobre energía nuclear. Sin embargo, a pesar de que nunca he visto un átomo, creo que el átomo puede ser desintegrado, porque confío en la competencia de los hombres que dicen que puede hacerse y que se ha hecho.

Esta clase de conocimiento es el conocimiento de la fe. Hechos aceptados en el criterio de otros en los cuales tenemos confianza. Puesto que hay tantas cosas en la vida que no entendemos, y tan poco tiempo para investigar tales cosas nosotros mismos, podemos comprender que la mayor parte de nuestro conocimiento se basa en la fe. Si nouviésemos confianza en nuestros semejantes, la vida no experimentaría ningún avance. Si el hombre que dice: «Yo solamente creo en lo que veo», o «No creo nada más que aquello que yo puedo entender», verdaderamente piensa así, entonces es seguro que pocas cosas logrará en la vida.

La clase de fe de la que hemos venido hablando —la aceptación de una verdad por la aseveración de otro ser humano— se denomina *fe humana*. El adjetivo «humana» la distingue de esa otra fe que acepta una verdad porque viene de Dios. Cuando nuestra inteligencia acepta una verdad simplemente porque Dios ha dicho que así es, nuestra fe

se llama *fe divina*. Es obvio que la fe divina es un conocimiento mucho más cierto que la fe humana. Si bien no es probable, es, sin embargo, posible que toda capacidad perceptiva humana pueda ser objeto de error sobre algún hecho —como, por ejemplo, todos los estudiosos en un tiempo enseñaban que el mundo era plano—. También es posible, aunque no sea probable, que todos los testigos humanos sean embaucadores. Pero Dios no puede engañarse. No puede engañar tampoco. Él es la Verdad infinita y la Sabiduría infinita. Respecto a las verdades que Dios nos ha revelado, no puede haber ni la más remota sombra de duda. Por ello, la fe verdadera es siempre una fe firme. El especular con dudas sobre la verdad de fe conscientemente, es poner en tela de juicio o la Sabiduría infinita de Dios o su infinita Verdad. Pensar «¿Hay en realidad tres Personas en Dios?», o bien, «¿Estará realmente Jesús presente en la Sagrada Eucaristía?», es dudar de la credibilidad de Dios y negar su autoridad. En verdad, es como rechazar la fe divina.

Por la misma razón, la verdadera fe ha de ser «completa». Sería absurdo suponer que podemos elegir y escoger entre las verdades que Dios nos ha revelado a nuestro gusto; decir, «Creo que existe un cielo, pero no que exista un infierno»; o bien, «Creo en el Bautismo, pero no en la Confesión» —es decir, en realidad, «Dios puede estar equivocado»—. La conclusión lógica es, pues, ¿por qué hemos de creer a Dios en absoluto?

La fe de la que hemos venido hablando es fe «sobrenatural», el acto de fe que brota de la virtud infusa de la fe divina. Es completamente posible tener una fe puramente «natural» en Dios y en muchas de sus verdades. Tal fe sería el resultado de la evidencia de la naturaleza, que es una prueba del infinito poder y sabiduría del Ser Supremo. Tal fe podría ser el resultado de aceptar el testimonio de innumerables seres sabios y grandes, o de la presencia de la Providencia divina en la propia vida de uno. La fe «natural» de esta índole es una preparación a la genuinamente sobrenatural que será infundida, juntamente con la gracia santificante, en la pila bautismal. Pero solamente esta fe sobrenatural, esta virtud de la fe divina que nos es concedida en el Bautismo, es la que nos capacita para creer firmemente y por completo en «todas» las verdades, aun en las más inefables y misteriosas, que Dios ha revelado. A quienes hemos llegado al uso de razón no nos sería posible salvarnos sin tal fe. La «virtud» de la fe por sí sola salvará a una criatura bautizada, pero cuando se tiene uso de razón es necesario además que medie un «acto» de fe.

VII. ESPERANZA Y AMOR

Es doctrina de nuestra fe cristiana que Dios da a cada alma gracia suficiente para salvarse. Como consecuencia de esta enseñanza de la Iglesia de Cristo, la virtud divina de la esperanza que fue infundida en nuestra alma en el Bautismo se alimenta y crece en el transcurso de los años.

Se define la esperanza como la «virtud por la cual confiamos firmemente que Dios, que es Todopoderoso y fiel a sus promesas, nos dará en su Bondad la felicidad eterna y los medios para obtenerla». En otras palabras, que nadie pierde el cielo más que por su propia culpa. Por lo que respecta a Dios, nuestra salvación es segura. Es únicamente nuestra parte —nuestra cooperación o no cooperación con la gracia de Dios— la que no es segura.

Es esta confianza que tenemos en la bondad, en el poder y en la fidelidad de Dios la que endulza y hace soportable las dificultades de la vida. Si la práctica de la virtud requiere algunas veces autodisciplina y renunciaciones, quizá incluso la inmolación del martirio, encontramos la fuerza necesaria y el valor en la seguridad de nuestra victoria final.

La virtud de la esperanza se infunde en el alma con el Sacramento del Bautismo, juntamente con la gracia santificante. Incluso una criatura, una vez bautizada, tiene la virtud de la esperanza. Pero no se debe dejar que la virtud quede adormecida. Al llegar al uso de razón, la virtud debe encontrar una forma de expresión en el «acto» de la esperanza. Ésta es la convicción interna y la expresión consciente de la confianza en Dios y la seguridad en sus promesas. El acto de esperanza debería estar presente de forma preeminente en nuestras oraciones diarias. Es una clase de oración particularmente grata a Dios, ya que expresa al mismo tiempo nuestro reconocimiento de completa dependencia de Dios y nuestra confianza absoluta en su amor hacia nosotros.

Es evidente que el acto de esperanza es imprescindible para alcanzar nuestra salvación. Si abrigáramos dudas respecto a la fidelidad de Dios en cumplir sus promesas, o a la eficacia de su gracia para vencer nuestras debilidades humanas, blasfemaríamos contra Dios. Ni tampoco podríamos defendernos contra los rigores de la tentación, ni practicar actos de caridad completamente desprendida; vivir, en suma, una verdadera vida cristiana, si no tuviéramos seguridad, confianza, en el resultado final. ¡Qué pocos de nosotros tendríamos la fortaleza suficiente para perseverar en el bien si únicamente tuviéramos una probabilidad entre un millón de ir al cielo!

Se comprende, además, que nuestra esperanza ha de ser «firme». Una esperanza débil empequeñece a Dios, bien su infinito Poder o su infinita Bondad. Esto no quiere decir

que no tengamos un temor absoluto a perder nuestra alma. Pero tal temor debería producirse por falta de confianza en nosotros mismos, no por falta de confianza en Dios. Si incluso Lucifer pudo rechazar la gracia, nosotros tenemos también, pues, en nosotros mismos la capacidad de fracasar, pero el fracaso no será de Dios. Únicamente un estúpido podría decir al arrepentirse de un pecado, «¡Dios mío, me avergüenzo tanto de ser tan débil!». Un ser con esperanza diría, «¡Dios mío, me avergüenzo tanto de olvidarme que soy tan débil!». Podría definirse un santo como aquella persona que tiene una desconfianza absoluta en su propia fortaleza, y la más completa confianza en Dios.

Conviene tener presente también que, en el fondo, la esperanza cristiana se relaciona con otros además de con nosotros mismos. Dios quiere la salvación, no ya de mí, sino de todos los hombres. Por ello, nunca deberíamos cansarnos de orar por los pecadores y por los paganos, en particular por aquellos que más cerca de nosotros estén por la sangre o por la amistad. Los teólogos católicos enseñan que Dios nunca retira completamente su gracia, ni siquiera de los pecadores más empedernidos. Cuando la Biblia habla de Dios endureciendo su corazón contra un pecador (por ejemplo, el Faraón que retuvo a Moisés), es sólo una forma poética de describir la propia reacción del pecador. Es el pecador el que endurece su propio corazón resistiendo a la gracia de Dios.

Y si alguien para nosotros muy querido muere, aparentemente sin arrepentirse en el último momento, no debemos tampoco perder la esperanza y «condolernos como aquellos que no tienen esperanza». Nunca podremos saber hasta que nuevamente nos reunamos en el cielo los impulsos de gracia que Dios puede haber lanzado sobre esa alma indómita en la última fracción de segundo de vida, gracia que quizás hemos ganado nosotros mismos con nuestras esperanzadas oraciones.

Aunque la confianza en la providencia de Dios no es exactamente lo mismo que la virtud divina de la esperanza, sin embargo, está lo suficientemente vinculada a la esperanza como para que merezca nuestra atención en este momento. La confianza en la providencia de Dios significa simplemente que creemos que Dios nos ama a cada uno de nosotros con un amor infinito, un amor tan directo y personal como si fuésemos la única alma sobre la superficie de la tierra. A esa fe se une nuestra creencia en que Dios sólo quiere nuestro bien —que en su infinita sabiduría sabe lo que más nos conviene— y que en su poder infinito puede proporcionarnos lo que más nos conviene.

Sobre esa base sólida del amor de Dios y su atención y sabiduría y poder, estamos seguros. No caemos en un arrebató de negra desesperación cuando las cosas «van mal». Cuando nuestros planes se contrarían, nuestras aspiraciones se derrumban y el fracaso parece acecharnos a cada paso, sabemos que en cierto modo Dios está actuando para que todo ello se convierta en nuestro propio bien. Ni siquiera el temor a los mayores males podrá derrumbarnos, porque sabemos que incluso los mismos males que los hombres prodigan, los transformará Dios para sus propios designios.

Esta misma confianza en la providencia de Dios viene en nuestra ayuda cuando nos acosa la tentación (¿y quién no ha sido tentado alguna que otra vez?) de que somos más inteligentes que Dios; que sabemos mejor que Él, en esas circunstancias, lo que más nos conviene. «Puede que sea pecado, pero no podemos permitirnos tener otro hijo».

«Quizás no sea absolutamente honrado, pero tengo que conservar mi negocio». «Ya sé que parece indigno, pero la política es la política». Precisamente cuando excusas de esta índole son pronunciadas por nuestros labios, es cuando las vencemos con nuestra confianza en la providencia de Dios. «Parece como si hacer el bien me fuese a proporcionar solamente disgustos, decimos, pero Dios conoce las circunstancias. Él es más inteligente que yo. Y Él se preocupa de mí. Seguiré a su lado».

La única de las tres virtudes divinas que quedará con nosotros por siempre es la virtud de la caridad. En los cielos, la fe cederá ante el conocimiento; no habrá precisión de «creer» en el Dios que vemos realmente. También desaparecerá la esperanza, puesto que poseeremos la felicidad que hemos esperado. Pero la caridad no desaparecerá. Por el contrario, sólo en ese éxtasis supremo, cuando veamos a Dios cara a cara, la virtud de la caridad que nos fue infundida en el alma con el Bautismo alcanzará el máximo de su capacidad. Será entonces cuando nuestro amor hacia Dios, tan mudo y débil en esta vida, se encenderá como una bomba que explota. Al encontrarnos unidos con el Dios infinitamente amable, el único que puede llenar la capacidad de amar del corazón humano, nuestra caridad podrá expresarse a sí misma en un acto de amor.

La caridad divina, la virtud que se infunde en nuestra alma en el bautismo, juntamente con la fe y la esperanza, se define, «la virtud por la cual amamos a Dios sobre todas las cosas por sí mismo, y a nuestro prójimo como a nosotros mismos por amor a Dios». Se la llama la Reina de las virtudes. Otras virtudes, tanto morales como divinas, nos llevan «hacia» Dios, pero es la caridad la que nos une «a» Dios. Donde existe caridad «deben» estar las otras virtudes. «¡Ama a Dios y haz lo que quieras!» —dijo uno de los santos—. Es evidente que si verdaderamente amamos a Dios, únicamente nos agrada hacer lo que a Él le agrada.

Una persona podría tener un amor natural a Dios. Al contemplar la bondad de Dios y su misericordia y sus interminables actos para nuestro bien, podríamos ser movidos a amarle de igual forma que amamos a otra persona digna de ser amada. En realidad, quien no ha tenido la oportunidad de ser bautizado (o quien, estando en pecado mortal, no tiene ocasión de confesarse) no podría salvar su alma a menos que hiciese un acto de perfecto amor de Dios. Eso quiere decir un amor sin egoísmo, amar a Dios simplemente porque es tan infinitamente digno de ser amado, amar a Dios solamente por Dios mismo. Aun en un acto de amor como éste necesitaríamos la ayuda de Dios en forma de gracia actual, pero seguiría siendo un amor «natural».

Únicamente en virtud de que Dios habite en el alma, con la vida sobrenatural que llamamos gracia santificante acompañándola, somos capaces de un acto sobrenatural de amor de Dios. Así, pues, la razón de que nuestro amor sea un amor sobrenatural es porque «es realmente Dios mismo quien se ama a sí mismo a través de nosotros». Para ilustrar esto podríamos utilizar el ejemplo de un hijo que compra un regalo de cumpleaños para su padre, utilizando (con el permiso del padre) el propio dinero del padre para comprarlo. O el de un niño que escribe una carta a su madre, y ésta va guiando su inexperta mano. De igual forma, merced a la vida divina que radica dentro de nosotros, somos capaces de amar a Dios adecuadamente, guardadas las proporciones,

con un amor digno de Dios. Con un amor que es, además, agradable a Dios, a pesar del hecho de que es Dios el que, en cierto modo, ama.

Es esta misma virtud de la caridad (que acompaña siempre a la gracia santificante) la que hace posible que amemos a nuestro prójimo con un amor sobrenatural. Amamos a nuestro prójimo, no con un amor meramente natural porque es una persona agradable, porque congenia con nosotros, porque nos llevamos bien, porque en cierto modo nos sentimos atraídos hacia él. Mediante la virtud divina de la caridad nos hacemos un vehículo, un instrumento por medio del cual Dios, a través de nosotros, puede amar a nuestro prójimo. Nuestra actuación se reduce simplemente a prestarnos a Dios nosotros mismos, a no poner obstáculos en el camino del amor de Dios. Nuestra misión es tener buena voluntad hacia nuestro prójimo en virtud de nuestro propio amor a Dios, porque sabemos que es lo que Dios quiere. «Nuestro prójimo», además, es todo aquel que ha sido creado por Dios. Los ángeles y los santos en el cielo (sencillo), y las almas del purgatorio (también fácil), y todos los seres humanos vivientes, «incluso nuestros enemigos» (¡vaya!).

En este punto es donde tocamos el verdadero corazón del Cristianismo. Aquí es donde nos encontramos con la cruz. Ahora es cuando probamos o dejamos de probar la realidad de nuestro amor a Dios. Es fácil amar a nuestra familia y amigos. No es difícil amar «a todo el mundo» de una forma vaga y general, pero desear el bien (y orar por, y estar prestos a ayudar a aquel prójimo que está en la mesa de al lado y que nos quitó la novia, o a aquella mujer de la acera de enfrente que propaló falsos testimonios de ti, o a aquel pariente que con malas artes se llevó el dinero de la tía Luisa, o a ese criminal del periódico que raptó y mató a un niño de seis años, ciertamente, es difícil perdonarles; más difícil aún amarles. De hecho, «no podríamos hacerlo» hablando naturalmente. Pero con la virtud divina de la caridad podemos; en realidad «debemos» hacerlo, pues de otra forma nuestro amor a Dios es vano.

Recordemos, sin embargo, que el amor sobrenatural bien hacia Dios o bien hacia nuestro prójimo, no es necesariamente un amor «emocional». El amor sobrenatural reside primariamente en la «voluntad», no en las emociones. Podremos tener un amor muy profundo por Dios, probado por nuestra fidelidad a Él, sin que «sintamos» realmente ese amor. Amar a Dios significa simplemente que estemos dispuestos a renunciar a cualquier cosa antes que ofenderle por el pecado mortal. De esta suerte podemos sentir un amor sobrenatural genuino hacia nuestro prójimo, aun cuando en un nivel natural sintamos una fuerte repulsión hacia él. ¿Le perdonaré por amor a Dios, el mal que me ha hecho? ¿Rezaré por él en la esperanza de que conseguirá la gracia que le es necesaria para salvar su alma? ¿Estoy presto a ayudarlo si necesitase mi ayuda, a pesar de mi propia repugnancia innata? Entonces es que siento un amor sobrenatural hacia mi prójimo. La virtud divina de la caridad está actuando dentro de mí. Puedo ejecutar un acto de amor (acto que debería ejecutar con frecuencia), sin hipocresía ni vanamente.

VIII. MARAVILLAS DENTRO DE NOSOTROS

Un joven a quien acababan de bautizar, dijo: «sabe usted, padre, acerca de todas esas cosas maravillosas que me ocurrirían cuando me bautizase... No me parece apreciar ninguna de ellas. Me siento aliviado al saber que todos mis pecados me han sido perdonados, y feliz al pensar que soy una criatura de Dios y un miembro del Cuerpo Místico de Jesús, pero por lo que respecta a que Dios more en mi alma y a la gracia santificante y a las virtudes de la fe, esperanza y caridad, y a los dones del Espíritu Santo, bueno, ciertamente no “siento” ninguno de ellos».

Y desde luego, no «sentimos» ninguno de ellos, al menos no con frecuencia. La terrible transformación que tiene lugar en nosotros en el bautismo no se aprecia en nuestro cuerpo, en nuestro cerebro o en nuestro sistema nervioso o en nuestras emociones. Tiene lugar en lo más recóndito de nuestro ser, en nuestra alma. Está más allá del alcance del análisis intelectual o de las reacciones emotivas. ¡Pero si por un milagro especial, pudiéramos conseguir unos lentes que nos permitiesen ver nuestra alma como es realmente en el estado de gracia santificante, adornada con todos sus dones sobrenaturales! Estoy seguro de que entonces caminaríamos como en un estado de embriaguez y de maravilla perpetua de la grandeza y esplendidez con que Dios nos ha equipado para enfrentarnos con esta vida y para prepararnos para la vida eterna.

Incluidos en el rico adorno que acompaña a la gracia santificante están los siete dones del Espíritu Santo. Estos dones —sabiduría, entendimiento, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios— son cualidades infundidas en el alma que hacen que ésta responda a los movimientos de la gracia y facilitan la práctica de la virtud. Hacen que el alma esté alerta a la silenciosa voz interior de Dios, dócil a su mano, que nos guía suavemente. Podríamos decir que los dones del Espíritu Santo constituyen el «lubricante» del alma, así como la gracia es la fuerza del alma.

Vamos a hablar de cada uno de ellos individualmente. El primero es el don de la sabiduría. La sabiduría nos da un sentido exacto de la proporción, de forma que podamos estimar las cosas de Dios; valoramos la bondad y la virtud en su verdadero significado y vemos los bienes del mundo como el punto de partida hacia la santidad, no como fines en sí mismos. El hombre que deja su partida de bolos para asistir a la misión parroquial está siendo guiado por el don de la sabiduría, se dé cuenta de ello o no.

A continuación viene el don de entendimiento. Este don nos da una percepción espiritual que nos permite entender las verdades de la fe de acuerdo con nuestras necesidades. Un sacerdote preferiría exponer una cuestión doctrinal a una persona que

está en estado de gracia santificante que a otra que no lo esté. El primero de ellos, poseyendo el don de entendimiento, comprenderá la cuestión mucho más rápidamente.

El tercer don, el consejo, agudiza nuestro juicio. Con su ayuda percibimos, y elegimos, el curso de nuestras acciones, que serán más dignas y conducirán a la honra de Dios y a nuestro propio bien espiritual. Quien toma una decisión importante en estado de pecado mortal, da un paso peligroso, bien sea una decisión respecto a la vocación, trabajo, problema familiar o cualquiera de las elecciones con que constantemente nos hemos de enfrentar. Sin el don del consejo, el juicio humano es demasiado falible.

El don de la fortaleza casi se explica por sí solo. Una vida buena ha de ser en cierto modo una vida heroica. Siempre está escondido ese heroísmo que necesitamos para vencer al individualismo. Algunas veces se requiere un heroísmo aún mayor, cuando el ejecutar la voluntad de Dios significa correr el riesgo de perder amigos o dinero o salud. Y está además el heroísmo máximo de los mártires, cuando la vida misma se sacrifica por amor a Dios. Dios no fortalece nuestra debilidad humana con su don de la fortaleza sin ningún fin.

El don de ciencia nos da el «saber cómo» espiritual. Nos predispone para reconocer, bajo el impulso de la gracia de Dios, aquello que nos ayudará o nos perjudicará espiritualmente. Está íntimamente relacionado con el don de consejo. El consejo nos ayuda a «elegir» lo que nos conviene y a rechazar lo que nos puede hacer daño. Pero antes de que podamos elegir debemos «conocer». Por ejemplo, mediante el don de ciencia yo podría reconocer que demasiada lectura vulgar estropea mi gusto por las cosas espirituales. En ese caso, el don del consejo podría guiarme a dejar de comprar esos libros, y me inspiraría para comenzar a leer regularmente libros espirituales.

El don de piedad fácilmente puede entenderse en forma errónea por cualquiera que crea que la piedad es algo así como manos unidas, ojos bajos y oraciones largas. La palabra piedad encierra en su significación original la actitud de un niño hacia sus padres: una mezcla de amor, confianza y reverencia. Cuando de forma habitual manifestamos esta actitud hacia nuestro Padre, Dios, estamos practicando la virtud de la piedad. Es este don el que nos impulsa a practicar la «virtud», a mantener esta actitud de intimidad infantil con Dios.

Finalmente, tenemos el don de temor de Dios. Este don contrapesa el de piedad. Es deseable que miremos a Dios con ojos en los que hay amor y confianza y reverencia. Pero igualmente es deseable que nunca olvidemos que Dios es nuestro Juez, todo justicia, al que algún día tendremos que responder de las gracias que nos ha dado. Al recordar esto, tendremos un completo temor de ofenderle con el pecado.

La sabiduría, el entendimiento, el consejo, la fortaleza, la ciencia, la piedad y el temor de Dios. Estos son los «lubricantes», los auxiliares de las gracias, predisposiciones a la santidad que se nos infunden juntamente con la gracia santificante en el sacramento del Bautismo.

En todos los catecismos que he visto se da la lista de los «doce frutos del Espíritu Santo»: caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia y castidad. Pero por lo que he podido observar, rara vez se hace

apenas una mención pasajera de los doce frutos en las clases de instrucción religiosa. Y es más raro aún oír hablar de ellos en sermones.

Es triste que así sea. Si un profesor de botánica se propusiera explicar un manzano en su clase, desde luego describiría el tronco y la raíz, y explicaría cómo el sol y la humedad hacen que el árbol crezca. Pero no soñaría siquiera en terminar su explicación con una aseveración brusca en el sentido de que «en este árbol crecen manzanas». La descripción de la fruta del árbol se consideraría una parte importante en la enseñanza. De igual forma, sería ilógico hablar sobre la gracia santificante y las virtudes y los dones que acompañan a la gracia santificante sin hacer más que una mención casual de los «resultados». Los frutos del Espíritu Santo son eso precisamente: los frutos exteriores de la vida interior, el producto exterior del Espíritu que mora interiormente.

Podríamos decir, acudiendo a otra figura metafórica, que los doce frutos son los brochazos esenciales que delinean el retrato de un hombre verdaderamente cristiano —o mujer—. Seguramente el proceder más sencillo sería ver qué tal es el cuadro. ¿Qué clase de persona es la que vive habitualmente en estado de gracia santificante y que intenta de forma perseverante subordinar su yo a la acción de la gracia?

En primer lugar, es una persona desprendida. Ve a Cristo en su vecino y es considerado y servicial con los demás, aun a costa de inconvenientes y dificultades para él mismo. Eso es caridad.

Además es alegre y agradable. Parece irradiar un resplandor interior que se hace sentir en cualquier grupo del que forma parte. Cuando él está cerca parece como si el sol brillase un poco más. La gente sonríe con más naturalidad, habla mejor. Esto es gozo.

Es tranquilo y reposado. Los psicólogos le llamarían bien «equilibrado». Sus cejas podrán estar arqueadas por el pensamiento o por la reflexión, pero rara vez por las preocupaciones. Es un tipo de persona firme, segura, un hombre maravilloso a quien acudir en una necesidad. Esto es paz.

No es fácil de exaltar, ni pronto en enfadarse, ni rencoroso por insignificancias. Cuando las cosas no le van bien no se contraría, ni cuando sus prójimos son estúpidos. Puede fallar por seis veces consecutivas y, sin embargo, comenzar la séptima sin rechinar los dientes ni maldecir su mala suerte. Esto es paciencia.

Es una persona amable. Los demás vienen a él con sus disgustos y preocupaciones, y encuentran en él una atención sincera; se van sintiéndose aliviados después de haber hablado con él. Se interesa por las alegrías y por los problemas de los demás; es atento en particular con los niños y ancianos, con los infelices y los desgraciados. Esto es benignidad.

Se solidariza con firmeza con lo que es justo, incluso si eso significa permanecer solo. No se considera el único capaz de tener un juicio acertado; no juzga a otros; es lento en criticar y aún más en condenar; es comprensivo para con la ignorancia y la debilidad de otros. Pero él nunca comprometerá un principio básico, no contemporalizará con el mal. En su propia vida religiosa él es invariablemente generoso con Dios, nunca busca el camino más fácil. Esto es bondad.

No se queja de dolor, ni de las contrariedades, ni en la enfermedad, ni en la tristeza. La conmiseración es desconocida para él. Elevará sus ojos llenos de lágrimas al cielo en oración pero nunca en rebelión. Esto es longanimidad.

Es complaciente, una persona tranquila. Se interesa por cualquier tarea que se le presenta, pero sin ninguna agresividad. No busca dominar a los demás. Razonará persuasivamente, pero nunca peleará. Eso es mansedumbre.

Está orgulloso de ser un miembro del Cuerpo Místico de Cristo. No intenta atragantar a nadie con su religión, y tampoco se pasa el día haciendo la apología de lo que cree. No trata de ocultar su religión en público; está presto a defender la verdad cuando se la ataca en su presencia; su religión es lo más importante en la vida para él. Esto es fe.

Su amor a Jesucristo le hace temblar ante el pensamiento de ser aliado del demonio, ante el pensamiento de ser ocasión de que otro peque. En su vestir, porte y palabra, hay una decencia que fortalece más que debilita la virtud de otros. Esto es modestia.

Es una persona reposada, con las pasiones firmemente contenidas por la razón y la gracia. No se eleva a las nubes un día y baja a los abismos el siguiente. Bien esté comiendo o bebiendo, bien esté trabajando o descansando, muestra un admirable control en todo lo que hace. Esto es continencia.

Tiene una gran reverencia por el poder de procreación que Dios le ha dado, una santa admiración a que Dios haya compartido su poder creador con la humanidad. Considera el sexo como algo precioso y sagrado, un vínculo de unión que sólo ha de ser usado en el ámbito matrimonial y para el fin establecido por Dios; nunca como cosa vana, como una fuente de autosatisfacción. Esto es castidad.

Y ahí tenemos el perfil del hombre cristiano: caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia y castidad.

IX. LAS VIRTUDES MORALES

«La gracia obra sobre la naturaleza». Es éste un axioma de la vida espiritual. Significa simplemente que cuando Dios nos da su gracia, no comienza por exterminar nuestra naturaleza humana y después colocar la gracia en su lugar. Dios «añade» su gracia a lo que ya somos. El efecto de la gracia y el uso que de ella hagamos estarán condicionados en gran parte a nuestra actividad —física, mental o emocional—. La gracia no podrá convertir en un genio a un hombre de ánimo infantil, ni tampoco enderezará a un cheposo; normalmente, tampoco la gracia cambiará a un neurótico en una persona bien equilibrada.

Por tanto, es nuestra responsabilidad el tratar de quitar obstáculos a la actuación de la gracia; intentar facilitar todo lo posible los efectos de la gracia. No hablamos ahora de tales obstáculos morales como el pecado o el egoísmo; su oposición a la gracia es evidente. Hablamos, más bien, de lo que pudiéramos llamar obstáculos naturales; obstáculos tales como la ignorancia o un temperamento defectuoso o unos hábitos malos, indeseables. Ciertamente, si nuestra actividad intelectual está reducida a los periódicos y revistas populares, ésta es un obstáculo a la gracia. También lo será si nuestra agresividad nos conduce a una irritabilidad demasiado pronta. Nuestros hábitos de descuido y falta de puntualidad también lo son si ofenden a la caridad, porque molestan a otros. Las anteriores consideraciones son particularmente pertinentes cuando intentamos examinar las virtudes morales.

Las virtudes morales se distinguen de las virtudes teologales en que aquéllas nos disponen para llevar una vida buena desde el punto de vista moral, ayudándonos a tratar a las personas y a las cosas de forma adecuada, es decir, según la voluntad de Dios. Poseemos estas virtudes en su forma sobrenatural cuando estamos en estado de gracia santificante. Es decir, la gracia santificante nos proporciona una cierta predisposición para la práctica de estas virtudes, junto a un mérito sobrenatural cuando las practicamos. Esta predisposición es algo así como el estado de alerta de un niño, a cierta edad, para aprender a leer y a escribir. El niño todavía tiene que adquirir la técnica de la lectura y la escritura por la práctica, pero mientras tanto, el organismo está listo, la potencia está allí.

Cuanto antecede será más sencillo de entender si examinamos individualmente algunas de las virtudes morales. Las cuatro principales sabemos que son las llamadas virtudes cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza. La prudencia es el poder de formular juicios exactos. Una persona que sea temperamentalmente impulsiva, propensa a ejecutar acciones impensadas y temerariamente, y a emitir juicios ligeros, tendrá que trabajar por deshacerse de estos obstáculos antes de que la virtud de la

prudencia pueda actuar sobre él con eficacia. De igual forma es obvio que, en cualquier circunstancia particular, el propio conocimiento y experiencia facilitarán el ejercicio de la prudencia. Un niño tiene la virtud de la prudencia en estado potencial, pero en asuntos de la competencia de los adultos, no podría esperarse que un niño pronunciase juicios prudentes faltándole el conocimiento y la experiencia.

La segunda virtud cardinal es la justicia, que perfecciona nuestra voluntad (de igual forma que la prudencia perfecciona nuestra inteligencia) y tutela los derechos de nuestro prójimo: su derecho a la vida y a la libertad, a la santidad del hogar, a su buen nombre y honor, y a sus bienes materiales. El primer obstáculo que nos viene a la imaginación, por lo que a la justicia se refiere, es el prejuicio. El prejuicio niega a un hombre sus derechos por su color, raza, nacionalidad o religión. Otro obstáculo pudiera ser una tacañería innata, un defecto temperamental que posiblemente sea el resultado de una niñez necesitada. Sería nuestro deber intentar derrumbar tales barreras si queremos que la virtud de la justicia actúe en toda su capacidad dentro de nosotros.

La tercera virtud cardinal, la fortaleza, nos predispone para hacer lo que es bueno a pesar de cualquier dificultad. La perfección de la fortaleza es el ejemplo que nos dan los mártires, que han aceptado la muerte antes que pecar. Pocos de nosotros seremos llamados a tal grado de fortaleza. Pero la virtud nunca podrá actuar, aun en la más pequeña llamada hecha a nuestro valor, a menos que salvemos las barreras. Muros como un exagerado deseo de ser aceptado, de pertenecer, de ser «uno más» de la mayoría. Barreras como un temor incomprensible a la opinión pública (que llamamos nosotros respeto humano): el temor a ser criticados o a ser menospreciados, o lo peor de todo, a ser ridiculizados.

La cuarta de las virtudes cardinales es la templanza, que nos predispone a controlar nuestros deseos y particularmente a utilizar de forma adecuada las cosas que atraen nuestros sentidos. La templanza es particularmente necesaria para moderar el uso de la comida y la bebida, y para regular el gozo sexual en el estado matrimonial. La virtud de la templanza no reducirá una adicción al alcohol. Para algunos la única templanza verdadera será la abstinencia, de igual forma que la única templanza verdadera en materia sexual para los célibes es la abstinencia. La templanza no elimina, sino que «regula» el deseo. En este caso, el quitar obstáculos consiste principalmente en evitar las circunstancias que excitarían nuestro deseo, el cual, en conciencia, no podría ser complacido.

Existen otras virtudes morales además de las cuatro cardinales. Haremos mención aquí de unas cuantas solamente, y cada uno de nosotros, si somos lo suficientemente honrados, podremos descubrir nuestros propios obstáculos. Tenemos la piedad filial (y por extensión, el patriotismo), que nos predispone a honrar, amar y respetar a nuestros padres y a nuestra patria. Tenemos la obediencia, que nos dispone para hacer la voluntad de nuestros superiores como una manifestación de la voluntad de Dios. Tenemos la veracidad, liberalidad, paciencia, humildad, castidad y otras más. Pero, en conjunto, si somos prudentes, justos, valerosos y templados, las otras virtudes seguirán, indefectiblemente, como un niño detrás de su padre y su madre.

Así, pues, ¿significa esto tener un «espíritu cristiano»? No es ésta una definición fácil de dar. Desde luego, quiere decir poseer el espíritu de Cristo. Lo que a su vez significa mirar al mundo como Cristo lo ve; comportarnos ante las circunstancias de la vida de la forma que Cristo lo haría. El verdadero espíritu cristiano en ninguna parte está mejor resumido que en las ocho bienaventuranzas, con las cuales comenzó Jesús su incomparablemente hermoso Sermón de la Montaña.

A este propósito, el Sermón de la Montaña es un pasaje de la Biblia que todos deberíamos leer de cuando en cuando en toda su extensión. Está contenido en los capítulos 5, 6 y 7 del Evangelio de San Mateo, y es el resumen de las enseñanzas de Nuestro Salvador.

Pero volviendo a las bienaventuranzas. Su nombre proviene de la palabra latina *beatus*, que significa bienaventurado, la palabra con la que cada una de ellas comienza. «Bienaventurados los pobres de espíritu, nos dice Cristo, porque de ellos es el reino de los cielos.» Ésta es la primera de las ocho bienaventuranzas, y nos recuerda que el cielo es para los humildes. Pobre de espíritu es aquel que nunca olvida que todo lo que es y todo lo que tiene proviene de Dios. Bien sea talento, salud o posesiones, incluso si es una criatura de su propia carne, no tienen nada en sentido absoluto, que propiamente puedan llamar suyo. A causa de esta pobreza de espíritu, esta propensión a devolver a Dios cualquiera de sus dones que Él quiera tomar, su adversidad misma cuando ésta llegue es una llamada de Dios por gracia y mérito. Es una prenda de que el Dios a quien ellos consideran por encima de todas las demás cosas, será en verdad su recompensa eterna. Repite con Job: «Dios me lo dio y Dios me lo ha arrebatado; ¡bendito sea el nombre del Señor!» (1, 21).

Jesús hace hincapié en este punto repitiendo el mismo pensamiento en la segunda y tercera bienaventuranza. «Bienaventurados los mansos, dice el Señor, porque ellos poseerán la tierra». «La tierra» a la que Jesús se refiere es, sencillamente, una imagen poética del cielo. Y así lo es en todas las bienaventuranzas; el cielo es la recompensa prometida, en un lenguaje figurado, en cada una de ellas. Los «mansos» de los que habla Jesús en la segunda bienaventuranza no son esos caracteres sin decisión que el mundo denominaría apocados. Los realmente humildes o mansos son cualquier cosa menos incapaces. Se necesita una gran fuerza interior para aceptar las contrariedades, desgracias y aun el desastre, y mantener la mente elevada, sin perder la confianza en Dios.

«Bienaventurados los que lloran, continúa Jesús en la tercera bienaventuranza, porque ellos serán consolados». Como en la primera y en la segunda, nos impresiona la infinita compasión de Cristo hacia los pobres, los desafortunados, los que lloran y los que sufren. Estos, los que consideran su dolor como participación en el castigo de la humanidad pecadora, y lo aceptan sin protestas, en unión con la cruz de Cristo, estos son los que ocupan el primer lugar en la mente y en el corazón de Jesús. Son los que dicen con San Pablo: «Creo que los sufrimientos del presente no son dignos de compararse con la gloria que vendrá y que nos será revelada» (Romanos, 8, 18).

Pero, si bien hemos de llevar nuestras propias cargas con valor y esperanzados, no deberíamos aprobar complacientes las injusticias que se hacen a otros. Por muy pronto

que seamos en posponer nuestra propia felicidad material, estamos obligados, por otra parte, por una divina paradoja, a intentar la felicidad de los demás. La injusticia no solamente destruye la felicidad temporal del que la soporta; pone en peligro, además, su felicidad eterna. Esto es cierto, bien se trate de una injusticia económica que oprime al pobre (el emigrante sin recursos, el trabajador agrícola, el que vive en cuevas, en una ciudad); o bien sea la injusticia racial que degrada a nuestro hermano (y, ¿qué es lo que piensas acerca de los negros y la segregación?), o una injusticia moral que estorba la actuación de la gracia (¿te molestan las revistas del kiosko de tu barrio?). Debemos tener celo por la justicia, bien se trate de la justicia de un trato justo para nuestro hermano o la más elevada hacia Dios, que es la ausencia del pecado, tanto en nosotros mismos como en el prójimo. Éstas son algunas de las consecuencias de la cuarta bienaventuranza: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados». Satisfechos en el cielo, pero nunca aquí.

«Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.» Es tan difícil perdonar a quienes nos han herido; tan difícil ser paciente con los débiles y los ignorantes y los malhumorados. Pero la esencia misma del espíritu cristiano está en ello. No puede haber perdón para quien no quiere perdonar.

«Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.» La sexta bienaventuranza no se refiere primariamente, como muchos creen, a la castidad. Se refiere a la falta de egoísmo. Considerar todo, en primer lugar, desde el punto de vista de Dios, más bien que desde el mío propio. Quiere decir igualdad de fines: Dios primero, sin engaño o compromiso.

«Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.» Cuando oigo a Jesucristo decir esto, debo preguntarme a mí mismo si soy un centro de paz y armonía en mi propio hogar, una isla de buena voluntad en mi vecindad, un allanador de discordias en el lugar donde trabajo. Es un camino seguro hacia el cielo.

«Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.» Y con esta octava bienaventuranza, bajamos nuestra cabeza avergonzados recordando los pequeños inconvenientes que nos proporciona nuestra propia religión, y pensando en (y rezando por) las almas torturadas de nuestros hermanos que viven donde no hay libertad religiosa.

X. EL ESPÍRITU SANTO Y LA IGLESIA

Cuando un sacerdote está instruyendo a un posible converso, le explica muy pronto, en el curso de la instrucción, el significado del amor perfecto a Dios. Le explica lo que significa hacer un acto perfecto de contrición. No hay razón para que, teniendo que esperar varios meses antes de recibir el sacramento del bautismo, el converso tenga que vivir esas semanas o meses en pecado. Un acto de amor perfecto de Dios, que incluye un deseo de ser bautizado, le limpiará el alma antes de que realmente reciba el Bautismo.

El futuro converso se alegra de saberlo, desde luego, y estoy seguro de haber derramado el agua del bautismo sobre la cabeza de muchos adultos que ya estaban en estado de gracia santificante. Ya habían hecho actos de perfecto amor de Dios; habían recibido ya el bautismo de deseo. Y, sin embargo, en cada uno de estos casos el converso ha expresado su tranquilidad y gozo al recibir verdaderamente el sacramento del bautismo. Porque hasta ese preciso momento, no podía estar «seguro» de que sus pecados se habían borrado. Por muy intensamente que intentara hacer un acto de perfecto amor, nunca podía estar seguro de haberlo logrado. Pero cuando el agua salvadora hubo resbalado sobre su cabeza, entonces supo con certeza que Dios había venido a él.

San Pablo nos dice, desde luego, que ni el mejor de nosotros podrá estar completamente seguro de que se halla en estado de gracia santificante. Pero la certeza moral es todo lo que pedimos; esa clase de certeza que tenemos cuando hemos sido bautizados o (en el sacramento de la penitencia) absueltos. La tranquilidad, la consoladora confianza que tal certeza trae consigo, señala una de las razones por las que Jesucristo ha establecido una Iglesia visible. Las gracias que Él consiguió para nosotros en el Calvario, podían haber llegado a cada alma individual directa e invisiblemente, sin necesidad de ceremonias o signos externos. Sin embargo, reconociendo nuestra necesidad humana de una seguridad visible, Jesús eligió el canal para sus gracias a través de símbolos visibles. Instituyó los sacramentos para que supiéramos cuándo y qué gracia recibíamos. Unos sacramentos visibles necesitaban un intermediario visible en el mundo que fuese el guardián y el distribuidor de los sacramentos, y ese agente visible es la Iglesia que Jesús estableció.

La necesidad de una Iglesia no se limita, naturalmente, a una necesidad de un guardián de los sacramentos. No podía esperarse que nadie «quisiera» los sacramentos a menos que «conociese» lo que eran. No podía esperarse que nadie «creyese» en Cristo a menos que «supiese» quién era Cristo. A no ser que la vida completa de Cristo —y su muerte— fueran en vano, tenía que haber una voz viviente en el mundo que proclamase las

enseñanzas de Cristo a través de los siglos. Tendría que ser una voz audible, tendría que ser un locutor visible que todos los hombres de buena voluntad pudieran reconocer como alguien que tuviese autoridad. De esta forma Jesús fundó su Iglesia, no meramente para santificar a la humanidad por medio de los sacramentos, sino para, en primer lugar, enseñar a la humanidad las verdades que Jesús enseñó, las verdades necesarias para la salvación. Un momento de reflexión nos hará comprender el hecho de que si Jesús no hubiera fundado una Iglesia, incluso el nombre de Jesucristo nos sería extraño a nosotros hoy.

Pero no es suficiente para nosotros tener la gracia disponible en los sacramentos visibles de la Iglesia visible. No es suficiente que se proclame ante nosotros la verdad por la voz viva de la Iglesia. Necesitamos saber lo que hemos de hacer por Dios; necesitamos un guía, del que nos sintamos seguros, que nos indique el camino que debemos seguir de conformidad con la verdad que conocemos y las gracias que recibimos. De igual forma que no sería útil para nosotros aquí en los Estados Unidos tener una Constitución, a menos que tengamos un Gobierno que interprete y dé fuerza a la Constitución mediante las leyes apropiadas. Así el cuerpo de la revelación, debe ser interpretado por leyes pertinentes. De qué forma se convierte uno en miembro de la Iglesia y cómo uno permanece como tal miembro de la Iglesia, que puede recibir este sacramento o aquél, y cuándo y cómo: son tales preguntas las que responde la Iglesia cuando promulga sus leyes; cuando cumple, en nombre de Jesucristo, su tercer deber: «gobernar», además de enseñar y santificar.

Sabemos que la Iglesia se define como «La congregación de todas las personas bautizadas, unidas en la misma verdadera fe, el mismo sacrificio, los mismos sacramentos, bajo la autoridad del Soberano Pontífice y de los Obispos en comunión con él». Una persona ingresa en la Iglesia recibiendo el sacramento del Bautismo. Y permanece como tal miembro de la Iglesia mientras tanto no se aparte de ella por el Cisma (negar o desafiar la autoridad del Papa) o por la herejía (negar una o más de las verdades de fe proclamadas por la Iglesia), o por la excomunión (ser expulsado por algún pecado grave y del que no ha habido arrepentimiento). Pero incluso tales personas, habiendo sido válidamente bautizadas, son todavía esencialmente miembros de la Iglesia y están obligadas a observar sus leyes a menos que estén específicamente exentas.

Habiendo llegado aquí, nos damos cuenta de que hemos estado mirando a la Iglesia desde fuera únicamente. De igual forma que un hombre es algo más que su cuerpo físico visible, también la Iglesia es infinitamente más que una organización visible y externa. Es el alma de un hombre lo que le hace un ser humano. Y es el alma de la Iglesia lo que la hace un organismo vivo al mismo tiempo que una organización. De idéntica forma que la habitación de las tres divinas Personas da al alma esa vida sobrenatural que nosotros denominamos gracia santificante, la habitación de la Santísima Trinidad dentro de la Iglesia la dota de una vida inextinguible, una vitalidad eterna. Ya que la obra de la salvación (que es la actuación del Amor divino) se aplica al Espíritu Santo por atribución, es por tanto al Espíritu Santo a quien consideramos como el «alma» de la Iglesia, cuya Cabeza es Cristo.

Del polvo de la tierra modeló Dios el cuerpo de Adán, y entonces —en la maravillosa imagen de la Biblia— Dios sopló un alma en el cuerpo, y Adán se convirtió en un hombre vivo. De forma análoga creó Dios su Iglesia viviente.

En la Persona de Jesucristo, diseñó Dios el Cuerpo de su Iglesia. Fue ésta una tarea realizada a lo largo de tres años: Desde el primer milagro público de Jesús en Caná, hasta su ascensión a los cielos. Durante ese tiempo, Jesús eligió a sus doce Apóstoles, destinados a ser los primeros Obispos de su Iglesia. Durante tres años los instruyó y les entrenó en sus deberes, su tarea de establecer el reino de Dios. Durante este mismo tiempo, Jesús diseñó los siete sacramentos, los siete canales por los cuales transcurrirán hasta las almas de los hombres las gracias que Jesús ganaría para ellos en la cruz.

Al mismo tiempo, Jesús encomendó a los Apóstoles su triple misión, la triple misión de su Iglesia. La misión de enseñar: «Id, pues, y enseñad a todas las naciones..., enseñándoles a observar todo lo que os he ordenado» (Mateo, 28, 19-20). La misión de santificar: «Bautizándoles en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo» (Mateo, 28, 19). «Éste es mi cuerpo... Haced esto en memoria Mía» (Lucas, 22, 19). «Los pecados que perdonareis, serán perdonados; y los que retuviereis serán retenidos» (Juan, 20, 23). La misión de gobernar en su nombre: «Si se negare escuchar a la Iglesia, que sea para ti como el gentil y el publicano... Lo que atareis en la tierra será atado también en el cielo; y lo que desatareis en la tierra será también desatado en el cielo» (Mateo, 18, 17-18). «El que a ti te oye, me oye a Mí; y el que a ti te rechaza, a Mí me rechaza» (Lucas, 10, 16).

Otra preocupación de Jesús, cuando constituyó el Cuerpo Místico de su Iglesia, fue la de proveer de dirección para su Reino sobre la tierra. Fue el Apóstol Simón, hijo de Juan, el que Jesús eligió para este puesto, y al obrar así Jesús cambió el nombre de Simón por Pedro, que significa piedra. Aquí está la promesa: «Bendito seas tú, Simón Bar-Jona... A ti te digo, tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos» (Mateo, 16, 17, 18-19). Ésta fue la promesa. Después de su resurrección, Jesús cumplió su promesa, como leemos en el capítulo 21 del Evangelio de San Juan. Después de conseguir de Pedro un testimonio de amor repetido por tres veces («Simón, hijo de Juan, ¿Me amas?»), Jesús hizo a Pedro el pastor supremo de su rebaño. «Apacienta mis ovejas, dice Jesús, apacienta mis corderos.» El rebaño completo de Cristo —las ovejas y los corderos; los obispos, sacerdotes y fieles— habría de estar bajo la jurisdicción de Pedro. De Pedro y sus sucesores, porque, desde luego, Jesús no vino a la tierra únicamente a salvar las almas de los contemporáneos de los Apóstoles. Jesús vino a salvar todas las almas, mientras hubiese almas que salvar.

El triple deber (y poder) de los Apóstoles —enseñar, santificar y gobernar— habría de ser transmitido por ellos, a través del sacramento del Orden, a los hombres a los que ordenaran y consagraran para continuar su labor. Los obispos de hoy en día son los sucesores de los Apóstoles. Cada obispo de hoy ha recibido su poder episcopal en una continuidad ininterrumpida desde Cristo a través de los Apóstoles. Y el poder supremo de Pedro, a quien Cristo hizo la cabeza de «todos», reside hoy en el Obispo de Roma, a

quien nosotros cariñosamente llamamos nuestro Santo Padre. En los designios de la Providencia sucedió así, porque Pedro vino hasta Roma y allí murió como el primer obispo de aquella ciudad. Consecuentemente, quien es Obispo de Roma es, automáticamente, el sucesor de Pedro, y, por tanto, posee el poder especial de Pedro como maestro y rector de la Iglesia universal.

Así, pues, éste es el Cuerpo de su Iglesia, de la forma en que Jesucristo la constituyó: no simplemente una hermandad invisible de hombres unidos por lazos de la gracia; sino una «sociedad visible» de hombres, con un gobierno y dirección autorizados. Es lo que denominamos una *sociedad jerárquica*, con las sólidas y admirables proporciones de una pirámide. En la cumbre está el Papa, el rey espiritual con la autoridad espiritual suprema. Inmediatamente después de él están los otros obispos, cuya jurisdicción, cada cual en su propia diócesis, trasciende conjuntamente con la del sucesor de Pedro. A continuación de ellos están los sacerdotes, a los cuales el sacramento del Orden les ha dado el poder de santificar (tanto en la Misa como en los sacramentos), pero no el poder de jurisdicción (el de enseñar y gobernar). Un sacerdote posee el poder de jurisdicción únicamente si le es delegado por el obispo a quien se le ordenó ayudar. Finalmente, está la base amplia del «Pueblo de Dios»: las almas bautizadas por cuyo propio bien existe todo lo demás.

De nuevo, éste es el Cuerpo de la Iglesia como Jesús la instituyó durante sus tres años de vida pública. Como el cuerpo de Adán, únicamente esperaba su alma. Esta alma la prometió Cristo cuando dijo a sus Apóstoles antes de su Ascensión: «Pero vosotros recibiréis el poder cuando el Espíritu Santo venga sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén y en toda Judea y Samaría y hasta los últimos confines de la tierra» (Hechos 1, 8).

Sabemos sobradamente la historia del Domingo de Pentecostés —el décimo día después de la Ascensión del Señor, el quincuagésimo después de la Pascua (Pentecostés significa «quincuagésimo»)—. «Y he aquí que se les aparecieron (a los Apóstoles) lenguas esparcidas como de fuego, que se asentaron sobre cada uno de ellos. Y todos ellos fueron inundados del Espíritu Santo» (Hechos 2, 3-4). Y de esa forma, el cuerpo tan maravillosamente modelado por Jesús durante tres pacientes años, inició repentinamente su existencia. El Cuerpo viviente se levanta y comienza a andar. Es el nacimiento de la Iglesia de Cristo.

XI. NOSOTROS SOMOS LA IGLESIA

¿Qué es un ser humano? Podríamos contestar a esta pregunta diciendo que un ser humano es un animal que camina sobre sus extremidades posteriores y que puede razonar y hablar. Nuestra definición sería correcta. Pero no lo comprendería todo. Nos daría la apariencia de un hombre visto desde fuera. Pero dejaría de expresar lo más maravilloso que hay en el hombre: el hecho de que tiene un alma espiritual, inmortal.

¿Qué es la Iglesia? Podemos responder a esta pregunta considerando también a la Iglesia desde el exterior. Podemos definir a la Iglesia (y con harta frecuencia así lo hacemos) diciendo que es la asociación de todas las personas bautizadas unidas en la única fe verdadera bajo la autoridad del Papa, el sucesor de San Pedro.

Pero cuando definimos a la Iglesia en estos términos, y cuando describimos la organización jerárquica del Papa, obispos, sacerdotes y fieles, debemos recordar que estamos definiendo lo que es la Iglesia «jurídica». Es decir, que consideramos a la Iglesia como una organización, una sociedad pública cuyos miembros y dirigentes están unidos entre sí por lazos legales y visibles de unión. Es algo similar a la forma en que los ciudadanos de una nación están unidos por lazos legales visibles de ciudadanía. Los Estados Unidos de Norteamérica, por ejemplo, es una sociedad «jurídica».

Jesucristo estableció, en verdad, su Iglesia como una sociedad jurídica. Tenía que ser una organización visible si había de cumplir su misión de enseñar, santificar y regir a la Humanidad. El Papa Pío XII, en su Encíclica sobre el Cuerpo Místico de Cristo, señala este punto. También hace resaltar el Santo Padre que la Iglesia, como organización visible, es la más perfecta que existe. Es la más perfecta de todas las sociedades porque tiene el más noble de los fines: la santificación de sus miembros para gloria de Dios.

Continúa el Santo Padre en su Encíclica asegurando que la Iglesia es muchísimo más que una organización jurídica. Es el verdadero Cuerpo de Cristo, un cuerpo tan especial que debe tener un nombre especial: el Cuerpo Místico de Cristo. Cristo es la cabeza del Cuerpo; cada alma bautizada es una parte viviente, un «miembro» del Cuerpo; y el alma de ese Cuerpo, del Cuerpo Místico de Cristo, es el Espíritu Santo.

El Santo Padre nos advierte: «Se nos presenta aquí la cuestión de un misterio oculto, que durante este exilio terrenal solamente puede verse oscuramente». Pero intentemos verlo, al menos en su oscuridad. Sabemos que incluso nuestro propio cuerpo humano está compuesto de millones de células individuales, todas ellas actuando conjuntamente para el bien del cuerpo entero, bajo la dirección de la cabeza. Las diversas partes del cuerpo no se ocupan únicamente de actividades particulares propias. Cada una de ellas actúa siempre para el bien del conjunto. Los ojos y todos los demás sentidos suman sus

conocimientos para uso de todo el cuerpo. Los pies llevan al cuerpo adonde éste quiere ir. Las manos llevan el alimento a la boca, el estómago asimila la nutrición para el hombre. El corazón y los pulmones mandan sangre y oxígeno a cada parte de la anatomía. Todos viven y actúan para todos los demás.

Y, desde luego, es el alma quien da vida y unidad a todas estas partes individuales, a todas estas células particulares. Cuando el aparato digestivo transforma el alimento en nuestra sustancia corporal, las nuevas células no son añadidas «sobre» el cuerpo de una forma casual como una escayola se pega a la piel. Las nuevas células se transforman en una parte viva del cuerpo activo, porque el alma se hace presente en las nuevas células de idéntica forma a como lo están en el resto del cuerpo.

Por analogía, podemos aplicar cuanto antecede al Cuerpo Místico de Cristo. Cuando somos bautizados, el Espíritu Santo toma posesión de nosotros, de forma similar a como nuestra alma toma posesión de las nuevas células formadas en nuestro cuerpo. Este mismo Espíritu Santo es, al mismo tiempo, el Espíritu de Cristo, que, acotando las palabras del Papa Pío XII, «se complace en morar en el alma amada de nuestro Redentor como en su más querido altar; Cristo hizo méritos para nosotros en unión del Espíritu sobre la cruz, derramando su propia sangre... Pero después de la glorificación de Cristo sobre la cruz, su Espíritu se comunica a la Iglesia de una forma abundantísima, de forma que ella, y sus miembros individuales, puedan convertirse, día a día, más y más, en nuestro Salvador». El Espíritu de Cristo se transforma también en el Bautismo en nuestro Espíritu. El «Alma del Alma» de Cristo se convierte en el Alma de nuestra alma también. «Cristo está en nosotros a través de su Espíritu, continúa el Santo Padre, a quien Él nos da y a través del cual Él actúa dentro de nosotros, de tal forma que toda la actividad divina del Espíritu Santo dentro de nuestras almas debe igualmente ser atribuida a Cristo.»

Ésa es, pues, la Iglesia vista «desde dentro». Una sociedad jurídica, sí, con una organización visible instituida por Cristo mismo. Pero más que eso es un «organismo» vivo, un Cuerpo vivo, con Cristo como Cabeza, nosotros (los bautizados) como miembros, y el Espíritu Santo como alma. Es un Cuerpo vivo del que podríamos ser separados por la herejía, el cisma o la excomunión, de igual forma que nos podría ser seccionado un dedo por el bisturí de un cirujano. Es un Cuerpo en el que el pecado mortal, como un hilo colocado alrededor de un dedo, puede cortar temporalmente la circulación de la vida a un miembro hasta que el torniquete se separe por medio del arrepentimiento. Es un Cuerpo en el que cada miembro se beneficia de cada Misa que se celebra, de cada oración que se hace y de cada buena acción que se ejecute por cada miembro en todo el mundo. Es el Cuerpo Místico de Cristo.

La Iglesia es el Cuerpo Místico de Cristo. Yo soy un miembro de ese Cuerpo. ¿Qué significa esto para mí? Sé que en el cuerpo humano cada parte tiene una misión que cumplir: el ojo tiene que ver, el oído que oír, la mano asir, el corazón hacer fluir la sangre. ¿Existe una misión que cumplir para mí en el Cuerpo Místico de Cristo? Todos nosotros sabemos que la respuesta a esa pregunta es «sí». Sabemos, además, que hay tres sacramentos por medio de los cuales Jesucristo nos asigna nuestras misiones.

En primer lugar, tenemos el sacramento del Bautismo, por medio del cual se nos hace miembros del Cuerpo Místico de Cristo. Decimos que por el Bautismo somos «incorporados» a Cristo. La palabra «incorporado» viene del latín *corpus*, que significa cuerpo. La palabra completa en latín es *incorporatus*, que significa «hecho una parte del cuerpo». El alimento se incorpora a nosotros cuando se transforma en células vivas y se convierte en una parte viva de nuestro cuerpo. Por analogía, eso es lo que nos ocurre a nosotros cuando somos bautizados; somos «incorporados» a Cristo.

Habiéndonos unido a Él con esta unión tan íntima, Jesús nos hace partícipes dentro de nuestras limitaciones humanas, de todo lo que Él es y de todo lo que Él tiene. Nos hace partícipes especialmente de su sacerdocio eterno. Participamos con Cristo en su asombrosa tarea de ofrecer adoración digna a la Santísima Trinidad. El cristiano bautizado, ejercitando conscientemente el sacerdocio común del que participa en Cristo, participa en la Misa de una forma que una persona no bautizada nunca podría participar.

Pero adoramos a Dios de otras formas además de la Misa. Adoramos a Dios en la oración y en el sacrificio, y por la práctica de las virtudes de la fe, la esperanza y la caridad, especialmente por la virtud de la caridad. La caridad significa amor, amor a Dios, y amor a las almas que Dios ha creado, y por las que Jesús ha muerto. Como miembros del Cuerpo Místico de Cristo, como partícipes de su sacerdocio eterno, el celo nos conduce a trabajar activamente con Cristo en su labor de redención. Para ser fieles a nuestra vocación como cristianos bautizados, «debemos» tener este celo por las almas. Debemos ser apóstoles, todos nosotros, y si no pertenecemos al clero, somos «apóstoles laicos».

Ambas palabras vienen del griego. En griego, la palabra *apóstol* significa «alguien que es enviado». Los doce hombres que Jesús envió al mundo a establecer su Iglesia son llamados los Doce Apóstoles, con mayúsculas. Pero ellos no iban a ser los únicos apóstoles. En la pila bautismal, Jesús nos envía a cada uno de nosotros a continuar la obra que los Doce Apóstoles comenzaron. Nosotros también somos apóstoles, con una «a» minúscula.

La palabra «laico» también proviene del griego. Significa simplemente «gente». Sabemos que en la Iglesia hay unas clasificaciones de miembros muy amplias. Tenemos *el clero*. Esta expresión incluye a los obispos, sacerdotes y a los seminaristas que han recibido la tonsura, su primer paso en el camino del sacerdocio. También están *los religiosos*, hombres y mujeres que llevan una vida de comunidad y hacen votos de pobreza, castidad y obediencia. En tercer lugar vienen *los laicos*, la gente. Esta palabra acoge a todos los bautizados que no son ni clérigos ni religiosos.

Las tres distintas clases de miembros de la Iglesia constituyen el Cuerpo Místico de Cristo. No solamente el clero; ni el clero y los religiosos, sino el clero, los religiosos y los laicos; las tres unidas en un Cuerpo constituyen la Iglesia de Cristo. En ese Cuerpo, cada una de las tres clases tiene su función propia. Pero todas ellas tienen esto en común: no importa a qué clase particular pertenezcamos, cada uno de nosotros recibe, por haber sido bautizado, la llamada para ser un apóstol, cada cual de acuerdo con su estado.

El sacerdocio eterno que Jesús distribuyó entre nosotros en el Bautismo, nos hace partícipes de él de una forma más completa en la Confirmación. Habiendo repartido con nosotros en el Bautismo su oficio de Adorador de la Trinidad, Cristo nos hace partícipes en la Confirmación de su oficio *profético*, su oficio de maestro. Al ser marcados en el Bautismo con el sello indeleble de miembros de su Cuerpo y partícipes de su sacerdocio, somos marcados de nuevo en la Confirmación con el sello indeleble de canal de verdad divina. Entonces tenemos derecho a todas aquellas gracias que precisemos para ser fuertes en nuestra propia fe, y a cualquier luz que necesitemos para que los demás entiendan esa fe, siempre suponiendo, desde luego, que nosotros, por nuestra parte, adquirimos las verdades de nuestra fe y somos guiados por la autoridad de la Iglesia, que reside en los obispos. Una vez confirmados, tenemos una responsabilidad doble en ser apóstoles laicos y una doble fuente de gracia y fortaleza para cumplir esa misión.

Finalmente, tenemos el tercero de los sacramentos, que nos hace *partícipes del sacerdocio*: el Orden. En él, Cristo otorga de forma total y completa su sacerdocio; totalmente a los obispos, y solamente un poco menos a los sacerdotes. En las Santas Órdenes no sólo hay una llamada, ni únicamente gracia, sino también el «poder». Al sacerdote se le da el poder de consagrar y de perdonar, de santificar y bendecir. A los obispos les es dado, además, el poder de ordenar a otros sacerdotes y obispos, y la jurisdicción de dirigir a las almas y de fijar las verdades de la fe.

«Pero todos nosotros estamos llamados a ser apóstoles». De todos nosotros se espera que ayudemos a que el Cuerpo Místico crezca y sea robusto. Cristo espera que cada uno de nosotros labore por la salvación del mundo, la pequeña parte del mundo en que vivimos: nuestro hogar, nuestra vecindad, nuestra parroquia, nuestra diócesis. Espera que nuestras vidas sean un reflejo suyo para aquellos con quienes vivimos, trabajamos o nos divertimos. Espera que tengamos un sentido de responsabilidad para con las almas de los demás, que nos apenen sus pecados, que nos preocupe el que no crean. Cristo espera de nosotros que prestemos apoyo y ayuda activa a nuestros obispos y sacerdotes en su gigantesca tarea.

XII. ¿DÓNDE LA ENCONTRAMOS?

«¡No es auténtico si no lleva esta marca!» Es este un eslogan que los fabricantes emplean a menudo en su publicidad. Puede que no admitamos todo el tinglado de «producto de calidad» y «compradores con preferencias», pero la mayoría de nosotros, cuando vamos de compras, insistimos acerca de una determinada clase de productos, y rara vez nos llevaremos una pieza de plata sin mirar si lleva un sello de «Sterling»; muy pocos de nosotros examinaríamos un anillo sin cerciorarnos de que en la parte interior lleva el contraste.

Puesto que su sabiduría es la sabiduría de Dios, habremos de suponer que, al establecer su Iglesia, Jesucristo no sería menos inteligente que los fabricantes modernos. Habrá que suponer que Jesús imprimiría a su Iglesia un signo tal que todos los hombres de buena voluntad pudieran reconocerla. Y, sobre todo, si tenemos en cuenta que Jesús fundó su Iglesia a costa de su propia vida. Jesús no murió en la cruz simplemente «por el hecho de hacerlo». No dejó al libre criterio del hombre el pertenecer o no a su Iglesia, como prefiriese. Su Iglesia es la Puerta del Cielo, a través de la cual todos (al menos por un deseo implícito) deben pasar.

Habiendo hecho a su Iglesia como un requisito previo para nuestra felicidad eterna, Nuestro Señor no ha dejado de estampar sobre ella su «marca», con el signo de su origen divino. Lo ha hecho de una forma tan evidente que podemos advertirlo en los modernos «tableros de avisos» de mil diferentes iglesias y sectas y religiones. Podríamos decir que la *marca* de la Iglesia de Cristo es un cuadrado. Él mismo nos ha dicho lo que hemos de buscar en cada ángulo de ese cuadrado.

En primer lugar está la *unidad*. «Y otras ovejas tengo que no son de este rebaño. A éstas también he de traerlas, dice Jesús, y oirán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo pastor» (Juan, 10, 16). Y de nuevo: «Padre Santo, guarda en Tu nombre a aquellos que Tú Me has dado, para que ellos puedan ser uno como Nosotros lo somos» (Juan, 17, 11).

En otro ángulo está la *santidad*. «Santificalos en verdad... Y por ellos Me santifico Yo, para que también ellos puedan ser santificados en la verdad» (Juan, 17, 17-19). Ésa fue la propia oración de Nuestro Señor por su Iglesia, y San Pablo nos recuerda que «Jesucristo se dio a Sí mismo por nosotros, para que Él pudiera redimirnos de toda iniquidad, y una vez limpios ser para Él un pueblo aceptable, preocupados de hacer buenas obras» (Tito, 2, 14).

En el tercer ángulo del cuadrado está la *catolicidad* —con una «c» minúscula— o «universalidad». La palabra «católico» viene del griego; «universal» viene del latín. Ambas significan la misma cosa, «**TODOS**». *Todas* las enseñanzas de Cristo, a *todos* los

hombres en *todos* los tiempos y en *todos* los lugares. Escucha a Nuestro Señor, que dice: «Y este Evangelio del reino será enseñado en todo el mundo, como un testimonio en todas las naciones» (Mateo, 24, 14). «Id a todo el mundo y pregonad el Evangelio a todas las criaturas» (Marcos, 16, 15). «Seréis testigos míos en Jerusalén y en toda Judea y en Samaría y aun en los últimos confines del mundo» (Hechos, 1, 8).

El cuadrado se completa con la nota de *apostolicidad*. La palabra en sí tiene algo de trabalenguas; pero significa simplemente que una Iglesia que pretenda ser la propia Iglesia de Cristo debe ser capaz de encontrar su continuidad ininterrumpida hasta los Apóstoles. Debe ser capaz de mostrar su descendencia legítima de Cristo a través de sus Apóstoles. De nuevo el mismo Jesús dice: «Y a ti te digo, tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella» (Mateo, 16, 18). Hablando a todos los Apóstoles: «Se me ha dado todo el poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo lo que os he ordenado; y mirad, estaré siempre con vosotros, hasta la consumación del mundo» (Mateo, 28, 18-20). San Pablo insiste sobre la cuestión de la apostolicidad, cuando dice a los de Éfeso: «Por tanto, vosotros no sois ya huéspedes y advenedizos, sino conciudadanos de los santos y de los miembros de la Casa de Dios, fundamentados sobre la base de los Apóstoles y los Profetas, con Jesucristo mismo como la principal piedra angular» (Ef., 2, 19-20).

He ahí la propia marca de Cristo. Una, santa, católica y apostólica. Es un cuadro que Él ha estampado de forma imborrable sobre su Iglesia, nítido y claro como el sello de un platero. Éstas son las características que debe exhibir cualquier Iglesia que se diga la propia de Cristo. Hay muchas iglesias en el mundo hoy en día que se dicen cristianas. Simplifiquemos el proceso de nuestro examen «eligiendo» nuestra propia iglesia, la Iglesia Católica, para investigar sobre ella. Si encontramos la marca de Cristo en ella, no habrá necesidad de seguir mirando.

No importa que reconozcas cuán equivocado estás acerca de algo, no darás tu brazo a torcer si alguien te dice sin contemplaciones que estás equivocado. Y mientras te están explicando el por qué de tu equivocación, te pones más y más testarudo cada vez. Puede que no siempre. Incluso puede que nunca, si eres un santo. Pero la naturaleza humana es de ese modo, como regla general. Por esta razón, rara vez reporta beneficios discutir sobre religión. Deberíamos estar dispuestos a explicar nuestra religión en cualquier momento, pero nunca a argumentar. En el momento en que decimos a alguien: «tu religión está equivocada y te diré por qué», acabamos de cerrar la puerta de la atención de esa persona. Absolutamente nada de lo que digamos después logrará introducirse en su mente. De otro lado, si conocemos bien nuestra religión, y la explicamos de forma inteligente y amable a nuestro prójimo no católico, existe una buena posibilidad de que pueda escucharnos. Si logramos demostrar que la Iglesia Católica es la verdadera Iglesia establecida por Jesucristo, no tenemos necesidad de decirle que su iglesia no es la verdadera. Puede que sea testarudo, pero no estúpido. Se puede confiar en que hará sus propias deducciones. Teniendo esto presente, pasemos a examinar la Iglesia Católica,

para ver si lleva la marca de Cristo, si Jesús la ha señalado de forma indudable como la suya propia.

En primer lugar, busquemos la *unidad* que Nuestro Señor dijo caracterizaría a su rebaño. Investigamos esta unidad en tres sentidos: unidad de creencia, unidad de dirección y unidad de adoración.

Sabemos que los miembros de la Iglesia de Cristo deben manifestar unidad de creencias, de credo. Las verdades que mantienen son las que nos fueron enseñadas por Jesucristo mismo; son verdades que han venido a nosotros directamente de Dios. No hay verdades más verdaderas que la inteligencia humana pueda descubrir y aceptar que las verdades reveladas por Dios. Dios «es» la Verdad. Él sabe todas las cosas y no puede equivocarse. Es infinitamente veraz y no puede mentir. Es más fácil creer en que no hay sol en el cielo al mediodía, por ejemplo, que creer que Jesús podía estar equivocado al decir que hay Tres Personas en un solo Dios.

Es por esta razón por la que creemos tan ilógico el principio del «criterio privado». Hay mucha gente que mantiene la tesis del derecho al criterio propio en asuntos religiosos. Admiten que Dios nos ha revelado ciertas verdades, pero dicen que cada hombre debería interpretar esas verdades de forma adecuada a él. Que cada hombre lea su propia Biblia; y sea lo que sea lo que él cree que significa la Biblia, eso es lo que realmente significa para él. Nuestra respuesta es que todo lo que Dios ha dicho es así, y lo es para siempre y para todos y cada uno. No tenemos derecho a tomar, elegir y acomodar la revelación de Dios a nuestras propias preferencias y conveniencias.

Naturalmente, esta teoría del «criterio privado» ha conducido a la negación de toda verdad absoluta. Hay muchos hombres hoy en día que pretenden que la verdad y la bondad son términos «relativos». Algo es «verdadero» mientras la generalidad de los hombres lo encuentra conveniente, mientras se considera que efectivamente ayuda. Si te conviene creer en Dios, cree en Dios, pero prepárate a echar esa idea de tu imaginación si empieza a interponerse en el camino del progreso. Lo mismo ocurre con lo que llamamos «bueno». Una cosa es buena, o una acción es buena, si contribuye al bienestar y a la felicidad de la Humanidad. Pero si la castidad, por ejemplo, significa contener el avance del hombre en un mundo siempre en proceso, en ese caso la castidad deja de ser buena. En resumen, esto o aquello puede llamarse bueno o verdadero si es útil a la comunidad aquí y en este momento, al hombre como miembro activo de la sociedad, solamente es bueno o verdadero «mientras» continúa siendo útil. A esta filosofía se la llama pragmatismo. Es muy difícil discutir sobre asuntos de fe con un pragmático, porque ha destruido la base sobre la que tú te asientas, negando que exista ninguna verdad real y absoluta. Todo lo que un verdadero cristiano puede hacer en su favor es rezar por él, y tratar de demostrarle, viviendo una verdadera vida cristiana, que el Cristianismo es algo efectivo.

Cuanto antecede ha sido desviarnos de nuestro tema principal: que ninguna iglesia puede reclamar para sí el ser la verdadera de Cristo a menos que sus miembros crean las mismas verdades, puesto que son las verdades de Dios, invariables por toda la eternidad e iguales para todos. Sabemos que en la Iglesia Católica todos creen las mismas

verdades. Obispos, sacerdotes y párvulos de la primera elemental; americanos, franceses y japoneses; blancos y de color; cada católico, en cualquier parte, quiere expresar las mismas cosas cuando recita el Credo de los Apóstoles.

No solamente estamos unidos en las cosas que creemos, sino que también estamos unidos bajo la misma dirección espiritual. Fue Jesucristo quien hizo a San Pedro el primer pastor de su rebaño y quien instituyó que los sucesores de San Pedro hasta el final del tiempo serían la cabeza de su Iglesia y el guardián de sus verdades. Nuestra lealtad y obediencia al Obispo de Roma, a quien amorosamente llamamos nuestro Padre Santo, será siempre el lazo central de nuestra unidad, y la prueba de ser miembros de la Iglesia de Cristo. «¡Donde está Pedro, allí está la Iglesia!»

También en adoración estamos unidos, como en ninguna otra Iglesia. Sólo tenemos un altar, sobre el cual Jesucristo renueva diariamente el ofrecimiento de Sí mismo sobre la cruz. El católico es la única persona que puede dar una vuelta al mundo y saber que a cualquier parte que vaya —África o India, Alemania o Sudamérica—, se sentirá en casa, en el campo religioso. En todas partes la misma Misa, en cada sitio los mismos siete sacramentos. Una en fe, una en cabeza, una en adoración. He aquí la unidad por la que Cristo oró, la unidad a la que se refirió como a una de las «marcas» con que se identificaría su Iglesia por siempre. Es una unidad que únicamente encontramos en la Iglesia Católica.

XIII. SANTA Y CATÓLICA

Los más fuertes argumentos contra la Iglesia Católica son las vidas de los malos católicos y de los católicos poco conscientes. Si fueses a preguntar a un católico indiferente: «¿Es tan buena una iglesia como otra?», probablemente te contestaría indignado: «Desde luego que no; solamente hay una verdadera Iglesia, la Iglesia Católica». Y a continuación tratará por todos los medios de demostrar ser un mentiroso, devorando los mismos libros inmorales que sus amigos no católicos, emborrachándose con ellos en las mismas fiestas, identificándose con sus mismas murmuraciones maliciosas, comprando iguales preservativos higiénicos, quizás, incluso superándoles en la inmoralidad de sus actividades comerciales, o en la suciedad de su proceder político.

Sabemos que tales hombres y mujeres son minoría, pero incluso uno solo sería demasiado. Sabemos, además, que debemos esperar que haya miembros indignos en la Iglesia de Cristo. El propio Jesús comparó su Iglesia con la red en la que el buen pescado se coge al tiempo que el malo (Mateo, 13, 47-50); y a un campo en que crecen al mismo tiempo el trigo y la cizaña (Mateo, 13, 24-30); y a un banquete de bodas en que uno de los invitados no lleva la túnica apropiada (Mateo, 22, 11-14).

Los pecadores están, pues, junto a nosotros. Hasta el final del camino son la cruz que Cristo debe llevar, en su Cuerpo Místico, sobre su hombro. Sin embargo, Cristo señaló la «santidad» como uno de los signos distintivos de su Iglesia. «Por sus acciones los reconoceréis», dijo. «¿Acaso los hombres recogen uvas de los espinos, o higos de los cardos? Así, todo árbol bueno produce buen fruto, mas los árboles malos dan malos frutos» (Mateo, 7, 16-17).

Al hacerse la pregunta, «¿Por qué es la Iglesia Católica santa?», dice el Catecismo, «La Iglesia Católica es santa porque fue fundada por Jesucristo, que es todo santidad, y porque enseña, de acuerdo con la voluntad de Cristo, santas doctrinas, y proporciona los medios para vivir una vida santa, dando por ello santos miembros en cada edad».

Y eso es cierto, cada palabra, pero no es una cuestión fácil ver a un conocido no católico, en particular si la noche anterior ha estado «corriendo una juerga» en la ciudad en compañía de Pepe Pérez, que es un miembro de la Sociedad del Sagrado Nombre de la Parroquia de Santa Pía. Nosotros sabemos que Jesucristo fundó la Iglesia, y que todas las demás iglesias fueron fundadas por simples hombres. Pero los luteranos, probablemente, no compartirían la idea de que Martín Lutero fundó una nueva iglesia; los luteranos dirían que Lutero no hizo más que «purificar» la antigua iglesia de sus errores y abusos. Los episcopalianos darán, sin lugar a dudas, una contestación parecida: Enrique VIII y Cranmer no instauraron una nueva iglesia; sino que únicamente se

apartaron de la «sucursal de Roma» y crearon la «dependencia de Inglaterra» de la iglesia cristiana original. Los presbiterianos dirían lo mismo de Juan Knox, y los metodistas de Juan Wesley, y así sucesivamente en la larga lista de sectas protestantes. Todos ellos, sin ningún género de dudas, reclamarían que Cristo fue su fundador.

Una cosa parecida ocurriría cuando mencionásemos el hecho de que la Iglesia Católica enseña una santa doctrina, como prueba del origen divino de la Iglesia. «Mi iglesia enseña una doctrina santa también», contestaría seguramente un conocido nuestro no católico. «En realidad, pretendería incluso, mi iglesia enseña una doctrina “más” santa que la tuya. Nosotros no admitimos juegos de cartas, ni la bebida o el juego, como vosotros los católicos.» Y si fuésemos tan faltos de tacto que intentásemos discutir sobre la anticoncepción y el divorcio, nos echarían en cara nuestra falta de realismo, por no tener en consideración las exigencias del progreso social.

Pero al menos podríamos señalar a los santos como prueba de que la santidad de Cristo está actuando en la Iglesia Católica, ¿no os parece? Sí, podríamos; y es una evidencia indiscutible de la que nadie podría evadirse. Los muchos miles de hombres, mujeres y niños que han llevado unas vidas de super-emminente santidad, y cuyos nombres componen el calendario de los santos son muy difíciles de menospreciar, y no hay nada parecido en ninguna de las demás iglesias. Sin embargo, si nuestro interlocutor está versado en psicología moderna, podría hablar de los santos con palabras como «histeria», «neurosis» y «sublimación de reflejos básicos». En cualquier caso, son tipos de novela o poco menos para él. Tú no puedes «enseñarle» a él un santo, aquí mismo, en este preciso momento.

Así, pues, ¿de qué nos sirven a nosotros todas estas posibles argumentaciones? Nos deja simplemente a nosotros mismos, a ti y a mí. Nuestro amigo interesado (suponemos que lo está), puede protestar que Cristo es su fundador también, puede pretender que es una doctrina santa la de su iglesia, puede menospreciar la cuestión de los santos como un punto que puede discutirse. Pero no puede escaparse a «nuestra» evidencia; no puede quedarse ciego ni sordo ante el testimonio de nuestras propias vidas. Si cada católico que nuestro imaginario amigo encuentra es una persona de extraordinaria virtud cristiana: amable, paciente, desprendido y complaciente; casto, caritativo y reverente en su lenguaje; honrado y sincero y un extraño en todo lo que no es perfectamente recto; generoso, puro y ecuánime en su conducta, ¿qué impresión le produciría «eso»?

Concretamente, en nuestro propio país, si nuestros 31 millones de católicos llevaran esa clase de vida, ¡qué atronador testimonio de la santidad de la Iglesia de Cristo! Necesitamos recordar siempre que nosotros somos los guardianes de nuestros hermanos. Puede que no nos importen nuestras pequeñas debilidades y nuestro egoísmo, y pensemos que todo está arreglado cuando nos hemos desligado de todo eso confesándonos. No es sólo por nuestros pecados, sino por las almas que hayan perdido el cielo por nuestra culpa por lo que tendremos que responder también algún día ante Dios. ¿Dije 31 millones? Olvidémonos de los 30.999.999, y concentrémonos inmediatamente, tú en ti mismo y yo en mí mismo. Entonces, el signo de santidad de la Iglesia Católica será reivindicado al menos en la pequeña extensión donde vivimos y actuamos.

Todo el tiempo, todas las verdades, en todo lugar. Esto, en forma de síntesis, expresa la tercera de las cuatro *marcas* o signos de la Iglesia. Es el tercer ángulo del cuadrado que constituye la *marca* de Cristo, el contraste que prueba el origen divino de la Iglesia. Es el sello de genuinidad que únicamente la Iglesia Católica presenta.

La palabra «católico» significa que incluye a todos. Proviene del griego, como ya hemos indicado; y significa lo mismo que la palabra «universal», que viene de la lengua latina.

Cuando decimos que la Iglesia Católica (con una «C» mayúscula) es católica (con una «c» minúscula) o universal, queremos significar que la Iglesia ha existido en «todos los tiempos», desde el Domingo de Pentecostés hasta hoy. Las páginas de cualquier libro de historia lo demuestran, y no es necesario que sea un libro de historia católico siquiera. La Iglesia Católica ha tenido una existencia de más de 19 siglos, y es la única iglesia de la que esto es cierto.

Digan lo que quieran otras iglesias de ser «purificaciones» de la antigua Iglesia, o «sucursales» de la única Iglesia verdadera, el hecho es que, durante los primeros ochocientos años de la historia cristiana, no hubo otra iglesia más que la Iglesia Católica. La iglesia más antigua es la Iglesia Ortodoxa Griega. Esta iglesia tuvo su comienzo en el siglo noveno, cuando el Arzobispo de Constantinopla negó la Sagrada Comunión al César Bardas, que vivía en pecado. Irritado, el emperador separó a Grecia de su unión con Roma, y nació la Iglesia Ortodoxa.

La Iglesia Protestante más antigua, que es la Luterana, fue fundada en el siglo XVI, cerca de mil quinientos años después de Cristo. Comenzó con la rebelión de Martín Lutero, un sacerdote católico con una personalidad magnética, y debió su rápido éxito a la ayuda de los Príncipes alemanes, que estaban resentidos del poder del Papa de Roma. El intento de Lutero de remediar los abusos de la Iglesia (y efectivamente había algunos), condujo al mal mucho mayor de dividir al Cristianismo. Lutero abrió la primera vía de agua en el dique de contención. Después de él vinieron otros muchos. Hemos mencionado a Enrique VIII y a Juan Knox, y a Juan Wesley. Pero las primitivas iglesias protestantes se dividieron y subdividieron (principalmente en los países de habla germánica e inglesa) en cientos de sectas diferentes; y este proceso continúa todavía. Sin embargo, ninguna de ellas existía antes del año 1517, cuando Lutero clavó sus famosas «95 tesis» a la puerta de la iglesia de Wittenberg, en Alemania.

Y no sólo la Iglesia Católica es la única iglesia cuya historia ininterrumpida se remonta hasta Cristo; es, además, la única iglesia que enseña todas las verdades enseñadas por Cristo, como Él las enseñó. Los sacramentos de la Penitencia y la Extremaunción, la Misa y la Presencia Real de Jesús en la Eucaristía, la supremacía espiritual de Pedro y sus sucesores los Papas, la eficacia de la gracia y la capacidad del hombre de merecer la gracia y el cielo; alguna o todas estas verdades son rechazadas por las distintas iglesias no católicas. En realidad, existen hoy en día iglesias que se proclaman «cristianas», que incluso llegan a poner en duda que Jesucristo sea realmente Dios. No hay ni una sola verdad revelada por Jesucristo, sin embargo (bien

personalmente o a través de sus Apóstoles), que la Iglesia Católica haya dejado de declarar o enseñar.

Además de ser universal en tiempo (*todos* los años desde Pentecostés) y universal en doctrina (*todas* las verdades enseñadas por Jesucristo), la Iglesia Católica es también universal en *extensión*. Responsable del mandato de su Fundador de predicar a todas las naciones, la Iglesia Católica ha llevado el mensaje de salvación de Cristo a todas las longitudes y latitudes de la superficie del globo, dondequiera que haya almas. La Iglesia Católica no es una iglesia «alemana» (Luterana), o una iglesia «inglesa» (la Episcopaliana), u «holandesa» (la Reformada), o una iglesia «americana» (cientos de diferentes sectas). La Iglesia Católica está en todos estos países y en cualquier otro país, además, adonde los misioneros han podido penetrar. Pero la Iglesia Católica no pertenece a ninguna nación ni a ninguna raza. Está en su casa en cualquier país, pero no es la propiedad de nadie. Y así lo es por voluntad de Cristo. Su iglesia es para todos los hombres. Debe tener una extensión mundial. La Iglesia Católica es la única en la que esto se realiza; es la única iglesia que está en todas partes, a través de todo el mundo.

Católica o universal, en tiempo, verdades y territorios; éste es el tercer signo de la verdadera Iglesia de Cristo. Y el cuarto signo, que completa el cuadro, es *apostolicidad*. Esto significa, sencillamente, que la iglesia que pretenda ser la Iglesia de Cristo debe ser capaz de probar su descendencia legítima de los Apóstoles, sobre los cuales y a manera de cimientos Jesús estableció su Iglesia.

Es relativamente fácil demostrar que la Iglesia Católica posee este signo de apostolicidad. Poseemos la lista de los Obispos de Roma, retrocediendo desde el Padre Santo de nuestros días en una línea continua hasta San Pedro. Y los otros obispos de la Iglesia Católica, verdaderos sucesores de los Apóstoles, son los últimos eslabones de hoy en una cadena completa que se extiende durante mil novecientos años. Desde los días en que los Apóstoles pusieron sus manos sobre Timoteo y Tito y Marcos y Policarpo, el poder episcopal ha sido transmitido en el sacramento de las Sagradas Órdenes de generación en generación; de obispo en obispo.

Y de esta forma se cierra el cuadrado. La *marca* se distingue claramente en la Iglesia Católica: una, santa, católica y apostólica. No vamos a ser tan simples que supongamos que vendrán a nosotros conversos corriendo, cuando les propongamos nuestro signo; los prejuicios humanos no se someten tan fácilmente a la razón. Pero al menos asegurémonos de que nosotros mismos vemos la marca.

XIV. RAZÓN Y FE... Y YO MISMO

Dios dotó al hombre con la capacidad de pensar, y espera que el hombre haga uso de este don. Hay dos formas de abusar de la capacidad de pensar. Una es no utilizarla. Una persona que no ha aprendido a hacer uso de su poder de raciocinio acepta como verdad evangélica todo lo que lee en los diarios y revistas, no obstante resultar indudable la inexactitud de las noticias. Ésa es la clase de personas que aceptará sin reservas las afirmaciones más extravagantes de vendedores y publicistas, y quien caerá estúpidamente en el reclamo de cualquier propagandista. Le asombra y atemoriza el prestigio; si un famoso científico o industrial dice que no hay Dios, entonces, por supuesto, es que no hay Dios. En otras palabras, esta persona que no piensa prefiere que le den hechas sus propias opiniones. No es, sin embargo, la pereza la que produce un no-pensador. Desgraciadamente, algunas veces los padres y los maestros son la causa de que esta apatía mental, cuando desaniman a la juventud en su curiosidad natural y resuelven todo lógico «¿por qué?» con un «¡porque yo lo digo!».

En el otro extremo está el hombre que de la razón hace un dios verdadero. Es la clase de persona que no creerá en nada que no pueda ver y comprender. Para él, los únicos hechos son los que salen de laboratorios científicos. Nada es cierto, a menos que «tenga sentido» para él, a menos que tenga buenos resultados prácticos aquí mismo y en este momento. Lo que tiene efectividad es verdadero; lo que es útil es bueno. A esta clase de pensador se le denomina con el nombre de pragmatista. Rechaza cualquier verdad que esté basada en alguna autoridad. Creerá en la autoridad de un Einstein y aceptará la teoría de la relatividad, aunque no la comprenda. Creerá en la autoridad de los físicos nucleares, y aceptará el principio de la energía nuclear, aunque no la entienda. Pero «autoridad» es una palabra de polémica para él cuando se trata de la autoridad de la Iglesia.

El pragmatista respetará las aseveraciones de autoridades humanas, porque dice que tiene confianza en que saben de lo que hablan; confía en su capacidad. Pero el pragmatista mirará con una piedad compasiva al católico que, por la misma razón, respeta las disposiciones de la Iglesia, confiado en que la Iglesia, en la persona del Papa y de los obispos, sabe lo que está diciendo.

Es cierto que no todos los católicos tienen un conocimiento inteligente de su fe. Para muchos, la fe es una aceptación «ciega» de las verdades religiosas, basada en la autoridad de la Iglesia. Esta aceptación irreflexiva puede ser el resultado de una falta de oportunidad para estudiar, o falta de educación, o incluso (desgraciadamente) de dejadez mental. No quiere esto decir que una fe ciega tenga que ser condenada necesariamente.

Para los niños y no instruidos, las creencias religiosas tienen que ser unas creencias no probadas, de igual forma que su creencia en la necesidad de ciertos alimentos y lo venenoso de ciertas sustancias tiene que ser también una creencia no probada. El pragmatista que diga: «Aceptaré lo que Einstein diga; él sabe lo que se dice», difícilmente puede acusar al niño que dice: «Lo creo porque mi papá lo dice», y más adelante: «Lo creo porque el sacerdote (o la Hermana) lo dice». Ni tampoco puede acusar al adulto sin estudios que dice: «Lo que el Papa dice, para mí vale».

Para el católico consciente, sin embargo, la aceptación de las verdades religiosas es una aceptación *razonada*, una aceptación inteligente. Es cierto que la virtud de la fe misma —la «capacidad» de creer— es una gracia, un don de Dios. Pero la fe adulta está basada en el razonamiento; no es una derrota de la razón. El católico instruido, por la clara evidencia de la historia, está convencido de que Dios ha hablado; que Dios ha hablado a través de su Hijo Jesucristo; que Jesucristo ha establecido una Iglesia como su órgano de manifestación, como una manifestación visible de Sí mismo a la Humanidad; que la Iglesia Católica *es* esa Iglesia fundada por Jesucristo; que a los obispos de esa Iglesia, como sucesores de los Apóstoles (y especialmente al sucesor de Pedro, el Papa), es a quienes Jesucristo dio el poder de enseñar, de santificar, y de gobernar espiritualmente en su nombre. Esta competencia de la Iglesia para hablar en nombre de Cristo sobre asuntos de creencia doctrinal o acción moral, para administrar los sacramentos y ejercer el gobierno espiritual, la llamamos la *autoridad* de la Iglesia. El hombre que, con el uso de su inteligencia, queda satisfecho de que la Iglesia Católica posee realmente este atributo de autoridad, no va contra la razón —al contrario, «sigue» la razón— cuando asegura: «Creo todo lo que la Iglesia Católica enseña».

De igual forma, el católico, siguiendo la razón, al igual que la fe, se somete a la doctrina de la infalibilidad. Este atributo de infalibilidad significa sencillamente que la Iglesia (bien en la persona del Papa o de todos los obispos en unión con el Papa) no puede equivocarse cuando proclama solemnemente que un determinado asunto de creencia o de conducta ha sido revelado por Dios y debe ser mantenido y seguido por todos. La promesa de Jesucristo, «Mirad, estoy con vosotros todo el tiempo, hasta la consumación del mundo» (Mateo, 28, 20), no tendría significado si su Iglesia no fuera infalible. Ciertamente que Jesús no estaría con su Iglesia si permitiese a ésta cometer un error en relación con asuntos esenciales a la salvación. El católico sabe que el Papa puede pecar, como cualquier otro ser humano. El católico sabe que las opiniones personales del Papa únicamente gozan de la relativa importancia que la humana sabiduría del Papa pueda darles; pero el católico también sabe que el Papa, como cabeza de la Iglesia de Cristo, cuando públicamente y solemnemente proclama que cierta verdad ha sido revelada por Cristo, bien personalmente o a través de sus Apóstoles, el sucesor de San Pedro no puede equivocarse. Jesús no establecería una Iglesia que pudiera extraviar a los hombres.

El derecho de hablar en nombre de Cristo y de ser escuchada es el atributo (o cualidad) de la Iglesia Católica, que llamamos *autoridad*. La seguridad de una imposibilidad de error cuando proclama las verdades de Dios a la Iglesia universal

constituye el atributo que llamamos *infalibilidad*. Hay una tercera cualidad que caracteriza a la Iglesia Católica. Jesús no solamente dijo, «Aquel que te oye, me oye a Mí; y aquel que te rechaza, a Mí me rechaza» (Lucas, 10, 16). «Autoridad». No solamente dijo, «Mirad, con vosotros estoy en todos los tiempos, hasta la consumación del mundo» (Mateo, 28, 20). «Infalibilidad». También dijo: «Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella» (Mateo, 16, 18). En estas palabras Nuestro Señor señala la tercera cualidad inherente a la Iglesia Católica: *indefectibilidad*.

El atributo de indefectibilidad quiere decir que la Iglesia, al ser fundada por el propio Jesús, existirá hasta el fin de los tiempos. Significa que la Iglesia estará aquí siempre, mientras haya almas que salvar. «Permanencia» sería un buen sinónimo de indefectibilidad, pero los teólogos parecen tener preferencia por las palabras largas.

Sería un gran error por nuestra parte permitir que este atributo de indefectibilidad nos adormeciera en un estado de falsa seguridad. Jesús dijo que su Iglesia existiría hasta el fin de los tiempos. Pero no dijo que existiría hasta entonces en «este» o «aquel» país. Sería trágico que permaneciésemos presuntuosamente indiferentes a la amenaza de la descristianización, diciéndonos a nosotros mismos que nada realmente malo puede ocurrirnos porque Cristo está con su Iglesia. Si descuidamos nuestra alta vocación como cristianos —y por tanto, apóstoles— la Iglesia de Cristo puede de nuevo (como ya ocurrió una vez en el Imperio Romano) convertirse en una Iglesia subterránea de almas marcadas por el martirio.

«¿A cuántas personas he convertido?» O, al menos, «¿cuántos interés y esfuerzo he puesto en hacer conversiones?» Es ésta una pregunta que cada uno de nosotros deberíamos hacernos, al menos una vez al año. El pensamiento de presentarnos ante Dios para ser juzgados con nuestras manos vacías, es un pensamiento que debería hacernos temblar. «¿Dónde están tus hechos, dónde están tus almas?», preguntará, y lo preguntará al seglar, lo mismo que al sacerdote o al religioso. No podemos olvidarnos de nuestra obligación simplemente dando dinero para las misiones. Ésa es una parte necesaria, pero es sólo el comienzo. También es cuestión de oraciones. Nuestras oraciones diarias serían espantosamente incompletas si no incluyeran oraciones por los misioneros, en la patria y en el extranjero, y por las almas entre las que ellos trabajan. Pero, ¿acaso rezamos todos los días por el don de la fe para nuestros más próximos vecinos si no son católicos? ¿Rezamos por esa muchacha que trabaja en la mesa contigua, por ese compañero que trabaja en la máquina siguiente? ¿Cuántas veces al año invitamos a un amigo no católico a que venga a oír Misa con nosotros, facilitándole por anticipado un librito en el que se explique lo que allí ocurre? ¿Tenemos acaso algunos libros buenos sobre la fe católica, y algunos folletos interesantes, en casa, que podamos ofrecer o prestar sin la más mínima provocación, a cualquiera que parezca estar aunque sólo sea remotamente interesado? Si hacemos estas cosas, incluso ofrecernos (cuando una pregunta nos parece demasiado difícil) a acompañar a nuestro interlocutor a ver a un sacerdote, entonces estamos haciendo lo que debemos; estamos cumpliendo al menos parte de nuestra responsabilidad ante Cristo por el tesoro que Él nos ha confiado.

No creemos, desde luego, que todos los no católicos vayan al infierno, de igual forma que tampoco creemos que únicamente por llamarnos a nosotros mismos católicos iremos al cielo. El axioma de que «fuera de la Iglesia no hay salvación», significa que no hay salvación para aquellos que están apartados de la Iglesia por su propia culpa. Una persona que haya sido católica y que deliberadamente abandona la Iglesia no puede salvarse, a menos que retorne a ella. Un no católico que sepa que la Iglesia Católica es la verdadera Iglesia, pero que permanece fuera de ella por su propia culpa, no puede salvarse. Un no católico cuya ignorancia de la fe católica es una ignorancia voluntaria, una ceguera deliberada, no puede salvarse. Sin embargo, quienes están fuera de la Iglesia sin poder ser culpados de ello y que obran todo lo mejor que pueden de acuerdo con lo que ellos saben, haciendo buen uso de las gracias que indudablemente les dará Dios en consonancia con su buena voluntad, éstos «pueden» salvarse. Dios no pide lo imposible a nadie. Recompensará a cada uno a la luz de lo que ha hecho con lo que tiene. Lo cual no significa, sin embargo, que podamos evadir nuestra responsabilidad diciendo: «Mi prójimo puede ir al cielo sin ser católico, ¿por qué he de preocuparme yo?». Ni tampoco significa: «Una iglesia es tan buena como otra».

De todas formas, Dios quiere que todos los hombres pertenezcan a la Iglesia que Él ha establecido. Jesucristo también quiere un rebaño y un Pastor. Y nosotros «deberíamos» pretender para nuestros parientes, amigos y vecinos una mayor certidumbre de salvación, la que nosotros tenemos en la propia Iglesia de Cristo. La más completa seguridad de la verdad, la mayor seguridad en el conocimiento de lo que está bien y de lo que es equivocado, las inigualables oportunidades ofrecidas por la Misa y por los sacramentos. Verdaderamente llevamos nuestra propia fe con demasiada ligereza si nos mezclamos día tras día con gentes diversas, sin preguntarnos a nosotros mismos: «¿Qué puedo hacer para ayudar a este hombre (o mujer) a que reconozca la verdad de la Iglesia Católica, y para que se convierta en otro más del Cuerpo Místico de Cristo?». El Espíritu Santo vive siempre con la Iglesia, pero ha de esperar a menudo de mí que yo logre introducirme en el alma de ese hombre que está a mi lado.

XV. EL FINAL DEL CAMINO

Vivimos y trabajamos durante unos pocos años o durante muchos, y después morimos. Esta vida, como bien sabemos, es un período de prueba; es el campo de prueba para la eternidad. La felicidad del cielo consiste esencialmente en el cumplimiento del amor. A menos que vayamos a la eternidad con amor a Dios en nuestros corazones, seremos absolutamente incapaces de experimentar la felicidad del cielo. Nuestra vida en este mundo es el tiempo que Dios nos ha dado para lograr y «probar» nuestro amor hacia Él. Debemos probar que nuestro amor a Dios es mayor que cualquiera de sus dones creados, tales como el placer, o la riqueza, o la fama, o los amigos. Debemos probar que nuestro amor puede soportar la presión de los males producidos por el hombre, tales como la pobreza, el dolor, la humillación o la injusticia. Bien estemos en la cima o en las profundidades, en cualquier momento debemos ser capaces de decir: «¡Te amo, Dios mío!», y probarlo con nuestras acciones. Para algunos el camino es corto, para otros es largo. Para algunos, realmente fácil; para otros, difícil. Pero para todos nosotros el camino termina. Morimos.

La muerte es simplemente la separación del alma del cuerpo. A través de las dificultades del tiempo o por enfermedades o accidentes, el cuerpo sufre hasta el punto en que el alma no puede continuar por más tiempo actuando a través del cuerpo. En ese punto, el alma deja al cuerpo, y decimos que la persona está muerta. El instante exacto en el que el alma deja al cuerpo rara vez puede precisarse. El corazón puede haber dejado de latir y la respiración puede haber cesado, pero el alma todavía puede estar presente. Esto lo prueba el hecho de que algunas veces personas muertas en apariencia reviven mediante la respiración artificial u otros medios. A menos que el alma todavía estuviese presente, no podrían ser reanimados. Por esta razón, la Iglesia permite al sacerdote dar la absolución condicional y la Unción condicional hasta dos horas después de la muerte aparente, por si acaso el alma estuviera todavía presente. Una vez que la sangre ha empezado a coagularse, sin embargo, y se observa el «rigor mortis», sabemos con seguridad que el alma ha abandonado el cuerpo.

¿Qué es lo que ocurre entonces? En el mismo instante en que el alma se separa del cuerpo, es juzgada por Dios Todopoderoso. Cuando todavía los que están al lado del lecho mortuario están cruzando las manos del difunto sobre su pecho y cerrando cuidadosamente los ojos ya sin vista, el alma ya ha sido juzgada; el alma ya sabe lo que será su suerte eterna. Este juicio del alma individual inmediatamente después de la muerte es conocido con el nombre de Juicio Particular. Es un momento tremendo para todos nosotros. Es el momento para el cual han transcurrido todos nuestros años en la

tierra, el momento hacia el cual se ha dirigido nuestra vida. Para todos nosotros, es día de cobro.

¿Dónde tendrá lugar este juicio privado? Probablemente allí mismo donde morimos, humanamente hablando. Después de esta vida, no hay «espacio» o «lugar» en el sentido en que ordinariamente entendemos estas palabras. El alma no tiene que ir a un sitio determinado para ser juzgada. En cuanto a la forma en que se desarrollará este Juicio Particular, únicamente podemos suponer o aventurar. Todo lo que Dios nos ha revelado respecto al Juicio Particular es que tendrá lugar; es todo lo que necesitamos saber. La descripción del Juicio Particular en términos jurídicos, el alma delante de Dios, sentado sobre su trono, con el diablo en un lado como fiscal y el ángel de la guarda en el otro como defensor, todo esto, desde luego, es una imagen poética y nada más. Los teólogos piensan que lo que verdaderamente ocurre es, probablemente, que el alma es iluminada por Dios de forma que se ve a sí misma como Dios la ve —ve el estado en que está, de gracia o de pecado, amándola Dios o rechazándola— y ve lo que su suerte será de acuerdo con la justicia infinita de Dios. Es un destino que no puede ser cambiado, una sentencia que no puede ser revisada. El período de preparación y prueba ha terminado. La misericordia de Dios ha hecho todo lo que podía. La justicia de Dios es lo único que prevalece ahora.

¿Qué ocurre a continuación? Pensemos primeramente en lo peor. Consideremos la suerte del alma que se ha preferido a sí en lugar de a Dios, y que ha muerto sin retornar a Dios; en otras palabras, el alma que muere en estado de pecado mortal. Al haberse separado deliberadamente durante su vida; al haber muerto sin el lazo de unión con Dios que llamamos gracia santificante, ahora ya no tiene medios por los que pueda establecer contacto con Dios. Ha perdido a Dios para siempre. Está en el infierno. Para un alma tal, la muerte, el juicio y el infierno son simultáneos.

¿Cómo es el infierno? Nadie lo sabe exactamente porque nadie ha vuelto de allí para contárnoslo. Sabemos que en el infierno hay un fuego eterno, porque Jesucristo así lo ha dicho. También sabemos que no es la clase de fuego que vemos en estufas y hornos. Ese fuego no podría afligir al alma, que es un espíritu. Todo lo que sabemos es que en el infierno hay un *dolor de sentido* (como los teólogos lo denominan) de tal naturaleza que no puede ser descrito por ninguna otra palabra en nuestro lenguaje humano más que por la palabra «fuego».

Pero lo que más importa no es el *dolor de sentido*. Lo que más importa es el dolor de pérdida. Es éste, el *dolor de pérdida*, la eterna separación de Dios, lo que constituye lo peor del sufrimiento del infierno. Supongo que dentro del cuadro de las verdades reveladas, cada persona se representa el infierno de una forma particular. Para mí lo que hace temblar mi alma al pensar en el infierno, es su horrible soledad. Pienso en mí, desolado y sólo, en un vasto vacío que está solamente lleno de odio, odio hacia Dios y odio hacia mí mismo, deseando morir y sabiendo que no puedo, reconociendo también que es éste el destino que he elegido libremente a cambio de... nada, y constantemente retumbando en mis oídos la voz de mi propia conciencia: «Esto es para siempre... sin descanso... sin cesar... por siempre... para siempre...». Pero ninguna representación del

infierno que las palabras o el pincel puedan hacer será tan mala como la realidad. ¡Que Dios nos libre a todos!

Seguramente pocos de nosotros somos tan optimistas que esperamos que nuestro Juicio Particular nos encontrará libres de cualquier rastro de pecado. Esto significa estar libres no solamente de pecados mortales y veniales, sino también libres de cualquier castigo temporal que hayamos merecido —la deuda de expiación que debemos a Dios aún después de que el pecado en sí nos haya sido perdonado—. No confiamos en morir con un alma tan absolutamente pura, quizás, pero no hay razón por la que no debiéramos esperar que así fuese. Es esto lo que nos proporciona el sacramento de la Unción; limpiar el alma de los «restos de pecado». Para eso están las indulgencias plenarias, especialmente la indulgencia plenaria en el momento de la muerte, que la Iglesia concede a los moribundos por medio de la Última Bendición.

Suponiendo que muramos de esa forma: fortificados con los últimos sacramentos y con una indulgencia plenaria concedida en el mismo momento de la muerte. Suponiendo que muramos sin el menor rastro de pecado en nuestra alma, ¿qué podemos esperar? En ese caso, nuestra muerte, que el instinto de conservación ha hecho parecer tan temible, será en realidad nuestro momento más brillante de victoria. A medida que el cuerpo cede pesarosamente su posesión del espíritu que le ha dado su vida y su valor, la instantánea visión de Dios será ella misma nuestro propio juicio.

La *visión beatífica* es el frío término teológico para la magnífica realidad que empobrece la imaginación o descripción humanas. Esa realidad no es meramente una visión en el sentido de «ver» a Dios. Es una unión con Dios; Dios que posee al alma y el alma que posee a Dios en una unidad tan arrebatadoramente completa que está infinitamente más allá del éxtasis del más perfecto matrimonio humano. Cuando el alma «entra» en el cielo, el impacto que sufre del Infinito Amor que es Dios sería tan enorme que aniquilaría el alma, si Dios no le diese la fuerza necesaria para soportar la felicidad que representa Dios. Si por un momento fuésemos capaces de apartar nuestros pensamientos de Dios, ¡cuán insignificantes, pensaríamos entonces, eran los peores de nuestros sufrimientos terrenos y las pruebas que hemos soportado!; ¡qué precio tan ridículamente pequeño hemos pagado por la indescriptible felicidad que es la nuestra! Es una felicidad, además, que nada puede arrebatar. Es un instante concentrado de puro gozo que nunca acabará. Ésta es la felicidad eterna; es ésta la felicidad esencial del cielo.

Existen otros gozos accesorios que serán nuestros. Tendremos el gozo de la compañía de nuestro glorificado Salvador, Jesucristo, y de nuestra Madre, María, cuyo dulce amor y belleza hemos admirado por tanto tiempo a distancia. El gozo de la compañía de los ángeles y de los santos, incluyendo los miembros de nuestra propia familia y los amigos que nos precedieron o siguieron al cielo. Pero estos gozos serán únicamente el sonar de pequeñas campanas comparadas con la espléndida sinfonía del amor de Dios, que suena en torno a nosotros.

Pero, ¿qué ocurrirá si cuando morimos, el Juicio Particular nos encuentra ni separados por el pecado mortal ni con esa perfecta pureza de alma que precisamos para nuestra unión con el Dios todo santidad? En verdad, esto pudiera muy bien ocurrir, si nos hemos

dado por satisfechos con permanecer en un nivel de mediocridad espiritual: Parsimonioso en la oración, evadiendo la propia renunciación, cediendo en lo que no es grave. Nuestros pecados mortales, si tuviésemos algunos, pudieran haber sido perdonados en el sacramento de la penitencia (¿No decimos, en el Credo, «Creo en... el perdón de los pecados»?); pero si nuestra religión ha sido una religión cómoda, es probable que no seamos capaces, en nuestros últimos momentos, de ese amor de Dios, perfecto y desprendido, necesario para alcanzar una indulgencia plenaria. Y he aquí que estamos en el Juicio: Ni mereciendo el infierno, ni preparados para el cielo. ¿Qué será de nosotros?

Es aquí donde la doctrina del purgatorio evidencia su eminente razón de ser. Incluso si la doctrina del purgatorio no hubiese llegado a nosotros de Cristo y sus Apóstoles, a través de la tradición de la Iglesia, la razón por sí sola comprendería que ha de haber algún proceso final de purificación para limpiar cualquier imperfección que pudiera existir y que se interpusiese entre el alma y Dios. Ésta es la función del estado de sufrimiento temporal que llamamos purgatorio. En el purgatorio, al igual que en el infierno, existe un *dolor de sentido*, pero así como el sufrimiento esencial del infierno es la separación de Dios por toda la eternidad, el sufrimiento esencial del purgatorio es la agonía atormentadora que el alma debe sufrir al retrasarse, aunque sólo sea por un instante, en su unión a Dios. Recordemos que el alma fue hecha por Dios. Debido a que en esta vida el cuerpo actúa (pudiéramos decir) como un aislante, no sentimos la terrible atracción que Dios ejerce sobre el alma. Algunos de los santos sienten esa atracción livianamente, pero la mayoría de nosotros apenas la sentimos en absoluto. En el momento en que el alma abandona el cuerpo, está expuesta a toda la fuerza de atracción de Dios sobre el alma. Enloquecida por el hambre —hambre de Dios—, el alma acomete contra la barrera de sus propias imperfecciones pendientes aún, hasta que finalmente es purgada por la propia agonía de su propio dolor y la barrera cae, y ¡allí está Dios!

Sirve de consuelo saber que el alma, en el purgatorio, sufre gozosamente, aun cuando el sufrimiento es de una intensidad desconocida del lado de acá del Juicio. La gran diferencia entre el sufrimiento del infierno y el del purgatorio, es la falta de esperanza de la separación eterna del infierno contra la certeza del rescate de purgatorio. El alma, en el purgatorio, no desearía presentarse ante Dios en su estado presente, y por eso hay gozo en su agonía, gozo en la seguridad del éxtasis que seguirá.

Evidentemente, nadie puede saber «cuánto» dura el purgatorio para un alma en particular. He puesto «cuánto» entre comillas porque, mientras hay «duración» después de la tumba, no existe, que sepamos, lo que entendemos por tiempo: ni días, ni noches, ni horas, ni minutos. Sin embargo, bien midamos el purgatorio por duración o por intensidad (y un instante de tortura insoportable puede ser peor que un año de relativa incomodidad), permanece el hecho de que el alma en el purgatorio no puede rebajar ni acortar sus propios sufrimientos. Pero nosotros los vivos podemos ayudar a esa alma, por misericordia de Dios; y la frecuencia de nuestro recuerdo, y el cumplimiento de nuestro recuerdo, bien de un alma individual o de todos los fieles difuntos, únicamente será medido por nuestro amor.

XVI. EL FIN DEL MUNDO

Si algo hay seguro, es que no sabemos cuándo terminará el mundo. Puede ser mañana, puede que dentro de un millón de años. El propio Jesús, según leemos en el capítulo 24 del Evangelio de San Mateo, ha indicado algunos de los portentos que deben preceder la desintegración del mundo. Habrá guerras y hambres y pestilencias; vendrá el reino del Anticristo; el sol y la luna se oscurecerán y las estrellas caerán de los cielos; la cruz aparecerá en el cielo. Únicamente cuando todo ocurra, «veremos al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo con gran poder y majestad» (Mateo, 24, 30). Estos acontecimientos podrían ocurrir en cualquier momento, y todas las profecías estarían cumplidas. De otro lado, las guerras y hambres y plagas que el mundo ha experimentado hasta ahora pueden ser apenas nada comparadas con las que realmente precederán el fin del mundo. Realmente, no lo sabemos. Únicamente podemos estar preparados.

Durante siglos, el capítulo 20 del Apocalipsis de San Juan (El Libro de Revelación en las versiones protestantes de la Biblia) ha significado una fuente de material fascinador para los estudiantes de las Sagradas Escrituras. Describe allí San Juan una visión profética; dice que el demonio estará sujeto y preso durante mil años, durante los cuales los muertos volverán a la vida y reinarán con Cristo; al final de los mil años, el demonio será puesto en libertad y finalmente vencido para siempre, y entonces vendrá la segunda resurrección. Algunos, tales como los Testigos de Jehová, han preferido interpretar este pasaje literalmente —una forma siempre peligrosa de interpretar los medios de expresión que abundan en las profecías—. A quienes toman este pasaje literalmente y creen que Jesús vendrá a reinar sobre la tierra durante mil años antes del fin del mundo, se les llama milenaristas, del latín *millenium*, que significa «mil años». Esta interpretación, sin embargo, no está de acuerdo con las propias profecías de Cristo, y el milenarismo es rechazado por la Iglesia Católica como herejía. Algunos católicos instruidos creen que los «mil años» es una forma de expresar un largo período de tiempo antes del fin del mundo, cuando la Iglesia gozará de mayor paz y Cristo reinará sobre las almas de los hombres. La interpretación más común de los expertos en la Biblia Católica, sin embargo, es que los «mil años» representan el período total de tiempo desde el nacimiento de Cristo, cuando Satanás, en verdad, fue encadenado. Todos los justos que viven durante este tiempo tienen una primera resurrección en el Bautismo y reinan con Cristo mientras estén en estado de gracia; y tienen una segunda resurrección al final del mundo. Paralelamente con esto está la primera muerte por el pecado y la segunda muerte en el infierno.

Nos hemos detenido en esta breve discusión acerca del *millenium* porque es una cuestión que puede presentarse en discusiones religiosas con no católicos. Sin embargo, las cosas que sabemos con seguridad respecto al fin del mundo tienen una mayor importancia práctica para nosotros. Una de tales certidumbres es el hecho de que cuando termine la historia del hombre, los cuerpos de todos los que han vivido se levantarán y volverán a unirse con sus propias almas. Puesto que es el hombre completo, cuerpo y alma, el que ha amado y servido a Dios, aun a costa de dolor y sacrificio, es ciertamente justo que el hombre completo, cuerpo y alma, goce de la unión eterna con Dios, que es la recompensa del amor. Y puesto que es el hombre completo quien ha rechazado a Dios por el pecado mortal, sin arrepentimiento, es de justicia que el cuerpo comparta con el alma la separación eterna de Dios que el hombre completo ha elegido para sí mismo. Nuestros cuerpos resucitados serán reconstruidos, desde luego, de tal forma que se vean libres de las limitaciones físicas que les caracterizan en este mundo. No necesitarán alimento, ni bebida, ni descanso por más tiempo, y en cierto modo estarán «espiritualizados». Además, los cuerpos de quienes habiten en el cielo estarán «glorificados»; poseerán una perfección y una belleza que serán una participación en la perfección y en la belleza del alma que está unida a Dios.

Ya que el cuerpo de una persona en el que la gracia ha morado ha sido en verdad un templo de Dios, la Iglesia ha insistido siempre en que se tenga una gran reverencia a los cuerpos de los fieles difuntos. Se les conduce con oraciones y ceremonias a las sepulturas, que han sido bendecidas especialmente para recibirlos. Una persona humana que escapó a la corrupción de la tumba fue la Madre de Dios. «Por el privilegio especial de su Asunción, el cuerpo de la Santísima Virgen María, unido a su alma inmaculada, fue glorificado y llevado al cielo.» Su divino Hijo, que había tomado su carne de ella, la llevó con Él al cielo, un hecho que conmemoramos el día 15 de agosto, la Fiesta de la Asunción.

El mundo acaba, los muertos se levantan, y se presenta el Juicio Final. El Juicio Final presentará a Jesucristo ocupando el trono de la Justicia divina, que ha reemplazado a su trono de misericordia infinita, la cruz. El Juicio Final no tendrá sorpresas para nosotros, por lo que a nuestro destino final se refiere. Ya habremos pasado nuestro propio Juicio Particular; nuestras almas ya estarán, bien en el cielo, bien en el infierno. El propósito del Juicio Final es el de dar gloria a Dios, mostrando a toda la Humanidad la justicia de Dios, y su sabiduría, y su misericordia. La vida entera, que tan a menudo nos habrá parecido como una madeja enredada de acontecimientos sin conexión alguna, algunas veces dura y cruel, y aun injusta y estúpida, ahora nos será revelada completamente. Veremos cómo la pieza del rompecabezas de la vida que nosotros hemos conocido, coincide con el magníficamente grande conjunto del plan de Dios para el hombre. Veremos cómo la sabiduría y el poder de Dios, su amor y misericordia y justicia, han estado actuando constantemente. «¿Por qué permite Dios que esto ocurra?», hemos protestado a menudo. «¿Por qué no hace Dios esto y lo otro?», nos hemos preguntado a menudo. Al fin, ahora conoceremos todas las respuestas. La sentencia que se nos dictó en nuestro Juicio Particular será ahora confirmada públicamente. Todos nuestros

pecados —y nuestras virtudes también— serán expuestos a la vista pública. El sentimental ingenuo que dijo: «No creo en el infierno; Dios es demasiado bueno para permitir que un alma sufra eternamente», comprenderá ahora que Dios no es una abuelita chocheante después de todo. La justicia de Dios es tan infinita como su misericordia. Las almas de los condenados, a pesar de ellos mismos, glorificarán ahora la justicia de Dios para siempre, de igual forma que las almas de los justos glorificarán eternamente su misericordia. Por lo demás, volvamos al capítulo 25 del Evangelio de San Mateo, y dejemos que el propio Jesús (versículos 34-36) nos diga cómo prepararnos para el último y terrible día.

La mayoría de nosotros se sorprendería probablemente si alguien nos llamase santos. Reconocemos suficientemente nuestras imperfecciones como para aceptar tal título. Y, sin embargo, en la Iglesia primitiva todos los miembros fieles del Cuerpo Místico de Cristo eran clasificados como santos. Era la expresión favorita de San Pablo para los miembros de la comunidad cristiana. Habla de «los santos que están en Éfeso» (Efes., 1, 1) y de los «santos que están en toda Acaya» (2 Cor. 1, 1). Los Hechos de los Apóstoles, que es la historia de la Iglesia primitiva, clasifican también como santos a todos los seguidores de Cristo.

La palabra «santo» se deriva de la palabra latina *sanctus*, que significa «santificado». Cada alma cristiana, incorporada a Cristo en el bautismo, y albergando dentro de sí al Espíritu Santo (mientras permanezca en estado de gracia santificante) está santificada, es un santo en el sentido original de la palabra. Hoy en día, sin embargo, la palabra «santo» se reserva generalmente a aquellos que están en el cielo. Pero es el sentido original de la palabra el que utilizamos cuando decimos en el Credo de los Apóstoles: «Creo... en la comunión de los santos». La palabra «comunión» quiere decir aquí «unión con» (de nuevo del latín), y decimos que creemos que existe una unión, una camaradería, un intercambio entre todas las almas en las que habita el Espíritu Santo, el Espíritu de Cristo. Esa comunión incluye, en primer lugar, a nosotros mismos, a los miembros de la Iglesia que estamos en la tierra. Nuestra «sucursal» de la comunión de los santos se denomina *Iglesia militante*, es decir, la Iglesia que todavía está luchando, combatiendo contra el pecado y el error. Si cayésemos en pecado mortal, no dejaríamos de ser miembros de la comunidad de los santos; pero somos separados de todo intercambio espiritual con nuestros hermanos mientras continuemos excluyendo al Espíritu Santo de nuestra alma.

Las almas del purgatorio también son miembros de la comunión de los santos. Están en gracia para siempre, si bien sus deudas y pecados menores tienen que ser purgados todavía. Aún no pueden ver a Dios, pero el Espíritu Santo está en ellas y con ellas, para no perderlas nunca. A menudo llamamos a esta «sucursal» de la Iglesia, *Iglesia purgante*.

Finalmente, existe la *Iglesia triunfante*, constituida por todas las almas de los bienaventurados en el cielo. Ésta es la Iglesia eterna. En ella serán incluidas, después del Juicio Final, tanto la Iglesia militante como la Iglesia purgante.

Y ahora, ¿qué significa la comunión de los santos para nosotros en la práctica? Significa que todos los que estamos unidos en Cristo —los santos en el cielo, las almas del purgatorio, y nosotros en la tierra— debemos tener siempre presentes las necesidades de los demás. Los santos en el cielo no están tan absortos en su éxtasis que olviden a las almas que han dejado detrás de sí. No podrían olvidar, aunque quisieran. Su amor perfecto hacia Dios debe incluir amor a todas las almas que Dios ha creado y ha adornado con sus gracias, todas las almas en las que Dios mora, todas las almas por las que Jesús murió. En resumen, los santos *han de amar a las almas que Dios ama*. El amor que los bienaventurados en los cielos sienten por las almas del purgatorio y en la tierra no es un amor pasivo. Podríamos llamarlo un amor activo, un amor «con ansia». Los santos anhelan ayudar a todas las almas a alcanzar el cielo, cuyo precioso valor están en condiciones ahora de estimar como nunca. Y si la oración de un hombre bueno en la tierra hace fuerza a Dios, no es posible estimar el poder de las oraciones que los santos ofrecen por nosotros. Son los héroes de Dios, los amigos íntimos y familiares de Dios.

Los santos del cielo oran por las almas del purgatorio y por nosotros mismos. Por nuestra parte, debemos reverencia y honor a los santos. No sólo porque pueden y orarán por nosotros; sino también porque nuestro amor a Dios así lo pide. Se honra a un artista cuando se alaban sus obras. Los santos son obras maestras de la gracia de Dios; cuando los honramos, honramos a su Hacedor, a su Santificador, a su Redentor. El honor que se ofrece a los santos no es sustraído a Dios. Al contrario, es un honor tributado a Dios en la forma en la que Él mismo ha indicado y desea. Y merece la pena recordar que cuando honramos a los santos, estamos sin duda honrando a muchos de nuestros propios difuntos que ahora están con Dios en el cielo. Cada alma en el cielo es un santo, no simplemente el santo canonizado. Ésta es la razón por la que, además de las fiestas especiales para ciertos santos canonizados, la Iglesia dedica un día en honor de la Iglesia triunfante completa, la fiesta de Todos los Santos, el 1 de noviembre.

Como miembros de la comunión de los santos, nosotros, en la tierra, oramos por las almas que sufren en el purgatorio. Ellas no pueden ayudarse a sí mismas ahora; su período para hacer méritos terminó. Podemos ayudarlas por un favor de Dios. Podemos aliviar sus sufrimientos y adelantar su paso al cielo con nuestras oraciones, con las Misas que ofrecemos y hemos ofrecido, con las indulgencias que para ellas hemos ganado (casi todas las indulgencias concedidas por la Iglesia pueden ser aplicadas a las almas del purgatorio, si hacemos esa intención). Si pueden o no rezar por nosotros las almas del purgatorio, no lo sabemos; pero sabemos que una vez que se encuentren entre los santos en el cielo, ciertamente nos recordarán a quienes las hayamos recordado en su necesidad, y serán nuestros intercesores especiales ante Dios.

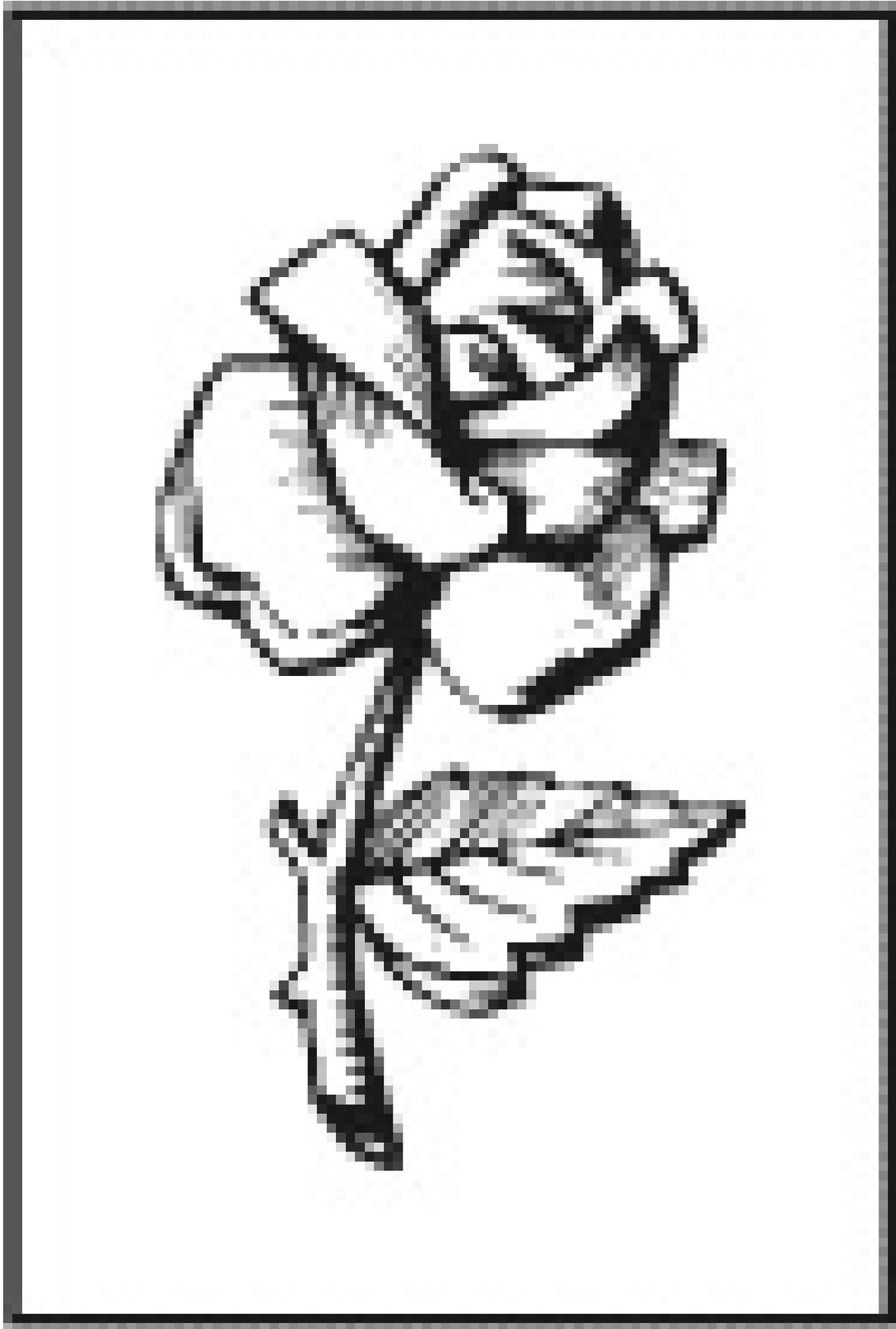
Es evidente que nosotros, aquí en la tierra, debemos rezar y ayudarnos los unos a los otros, si hemos de ser fieles a nuestras obligaciones como miembros de la comunión de los santos. Debemos sentir un verdadero amor sobrenatural unos por otros, practicando la virtud de la caridad fraterna en pensamiento, palabra y obra, especialmente practicando las obras espirituales y corporales de misericordia. Si hemos de asegurarnos

el ser miembros permanentes de la comunión de los santos, no debemos tomar con ligereza nuestras responsabilidades aquí.

Y aquí termina la historia de la salvación del hombre, la historia que la Tercera Persona de la Santísima Trinidad, el Espíritu Santo, ha escrito. Con el fin del mundo y la resurrección de los muertos y el Juicio Final, acaba la tarea del Espíritu Santo. Su labor de santificación comenzó con la creación del alma de Adán. Para la Iglesia empezó el Domingo de Pentecostés. Para ti y para mí comenzó el día que fuimos bautizados. Cuando el tiempo termina y solamente queda la eternidad, la tarea del Espíritu Santo halla su satisfacción en la comunión de los santos, ya una sola compañía en la gloria eterna.

EDICIÓN DIGITAL EN CASTELLANO

ESTE LIBRO DIGITAL, PUBLICADO POR
EDICIONES RIALP, S. A., ALCALÁ, 290, 28027 MADRID, Y
PREPARADO POR DIGITT.ES
SE TERMINÓ
EL DÍA 19 DE MARZO DE 2012
FESTIVIDAD
DE SAN JOSÉ



WWW.RIALP.COM

Índice

I. EL DESCONOCIDO	9
II. ¿QUÉ ES LA GRACIA?	13
III. LA GRACIA QUE VIENE Y SE VA	17
IV. FUENTES DE VIDA	21
V. ¿QUÉ ES MÉRITO?	25
VI. ¿QUÉ ES VIRTUD?	29
VII. ESPERANZA Y AMOR	33
VIII. MARAVILLAS DENTRO DE NOSOTROS	37
IX. LAS VIRTUDES MORALES	41
X. EL ESPÍRITU SANTO Y LA IGLESIA	45
XI. NOSOTROS SOMOS LA IGLESIA	49
XII. ¿DÓNDE LA ENCONTRAMOS?	53
XIII. SANTA Y CATÓLICA	57
XIV. RAZÓN Y FE... Y YO MISMO	61
XV. EL FINAL DEL CAMINO	65
XVI. EL FIN DEL MUNDO	69
Índice	7